LO IRREPARABLE

NARRACIÓN SOBRE UN HECHO HISTÓRICO

CAPÍTULO PRIMERO

BÍBLICO

Salvado estaba el mundo.
La cólera de Dios había pasado.
Dios había castigado la humanidad culpable, ahogándola en un diluvio universal.Sólo el justo y su familia se habían salvado.
La virtud había flotado con el arca, sobre la corriente de las aguas.
La luz reflejándose en las capas de la atmósfera, había formado el arco-iris, quese creía testimonio de alianza entre Dios y los hombres.
La paloma había regresado, trayendo la señal de paz.
El arca yacía en la cumbre del Ararat y las aguas vueltas á su lecho.La naturaleza renacía en espléndida primavera.
Pero, he aquí, que aunque sólo se habían salvado los justos, el espíritu del maltambién se había salvado, ocultándose en el corazón del hombre.
El pecado de los hijos de Adán, perduraba en los hijos de Noé, después desalvados.
Y el desacato de un hijo, traería la maldición sobre una raza.
Era el día en que el mundo iba á presenciar el tremendo espectáculo dé la maldición de un padre.
La cólera de Dios caería sobre una parte de la humanidad.Y he aquí que el padre dormía....
El zumo de la vid lo había sumido en inconsciente embriaguez. Y desnudo estaba á presencia de sus hijos.

Dos de ellos toman un manto y con púdico respeto, andando para atrás, cubrieron ladesnudez de su padre.
Y el tercero se rió al verlo ebrio.
Y he aquí que el padre despertó y al saberlo lo maldijo.Y Dios lo castigó por la maldición del padre ebrio.

I

Y envió sobre su frente una mancha negra como la sombra de la noche. Y condenó á su maldición á él y á los hijos de sus hijos. Y castigó con el padre culpable generaciones inocentes.

Y los hermanos, no malditos, que eran los hermanos *virtuosos* recibieron el poder de oprimir al hermano ya castigado por Dios.

Y el padre vuelto en sí, no perdonó.Y Dios también fue inexorable.

Y aquella maldición engendró el odio de los hermanos contra los hermanos y creó la enemistad de razas entre los hombres.

Y el hombre maldito huyó, para refugiarse en los bosques y allí fue perseguido y cazado por sus hermanos.

Y he aquí que en nombre de esa maldición desapareció en igualdad de entre loshombres.

Y los hijos de Adán no se conocían unos á otros.Y hubo oprimidos y opresores.

Y la maldición del padre sembró la discordia entre los hijos y mató en ellos el amor, y anonadó el derecho.

Y los hermanos se creyeron con derecho á la libertad y á la vida dé su hermano.Y he aquí que en nombre de aquella maldición surgió la esclavitud.

Hasta aquí la tradición....

CAPÍTULO II

LA CIENCIA

Y pasaron los tiempos.

El inmenso atentado era siempre ley.

El *Derecho*, que es eterno, permanecía oculto en la sombra, y el *hecho* pasajerocomo todo lo humano, reinaba.

Y la humanidad estaba envilecida, porque el reinado del hecho es degradante ysólo el reinado del derecho es digno.

Y he aquí que hubo en el espíritu humano como claridades de aurora, y laciencia todavía oculta en la tiniebla dijo:

"La legendaria maldición" no es cierta.

Dios no ha podido establecer la desigualdad entre los hombres.Dios, que es el amor, no impone el odio.

Dios, que es el bien, no ordena el mal.

Dios, que es la virtud, no manda el crimen.Dios, que es la caridad, no ordena lo cruel.

Dios, que es el padre de los hombres, no quiere que sus hijos sean siervos de sus hijos.

Dios, que es la paz, no quiere la guerra entre hermanos.

Dios, que es el padre del Derecho, no ha ordenado jamás el atentado....

Dios no ha establecido distinción de razas ni colores entre los hombres.Dios no ha hecho siervos ni señores.

Dios no ha coronado reyes.

Dios, que es el padre de la libertad, no ha sancionado jamás la esclavitud.Todos los hombres son libres é iguales ante Dios.

Y hubo un como dulce estremecimiento en la conciencia humana.

Y un rumor apacible se repitió de pueblo en pueblo: Todos los hombres son hermanos.

Mas, la sombra seguía.

La voz inspirada, del Cristo, predicando la igualdad, necesitó diez y nueve siglospara implantarla.

Y hombres que creían en la redención de la humanidad por el sacrificio de un Dios, no creyeron en la redención de las razas esclavas y siguieron oprimiéndolas.

Pesaba más el pecado de Cham, que el pecado de Adán. La maldición de Noé perduraba más que la de Dios: suponiendo que Dios pudiera maldecir.

Y en vano dijo la ciencia.

Ese tinte oscuro que veis sobre la frente de vuestros hermanos, no es fruto de una maldición, es el resultado natural del suelo en que han nacido y la influencia del crimen en que viven.

La desigualdad de colores no es desigualdad de condiciones.

Y los que creían en el Paraíso del Génesis dijeron: no hubo más que un primer hombre y una primera mujer. Todos hemos nacido de allí, todos somos hijos de Adán, luego todos somos hermanos.

Y los espiritualistas dijeron: Si el alma es distinta del cuerpo, si es un soplo divino Dios ha soplado igualmente sobre la frente de todos los hombres, luego todos tenemos igual alma. Si el alma es lo que forma el ser, todos somos seres iguales.

Y el materialismo dijo: Si todos somos hijos de la tierra, nos alimentamos de tierra y á la tierra volvemos, todos somos iguales.

Pero he aquí que los gritos de la ciencia y 1a filosofía no fueron escuchados, porque los hombres ensoberbecidos necesitaban oprimir, para vengarse en alguien de la opresión de los reyes sobre ellos.

Los reyes á su turno necesitaban pueblos esclavos y no hallando títulos de su dominio sobre la tierra, en su ambición insólita quisieron derivarlos del cielo y ebrios de orgullo hablaron del derecho divino.

Y los reyes oprimieron los pueblos en nombre de Dios, y los pueblos tuvieron esclavos en nombre de Dios también. Y fueron á buscar en la tradición apoyo para su atentado, y hallaron un libro en cuyas páginas, llenas de castigo y anatemas, se ven naciones conquistadoras en nombre de Dios, y pueblos asesinados y naciones pasadas á cuchillo y razas sometidas á la esclavitud, todos en nombre de Dios!... Y en estas páginas sangrientas creyeron hallar la razón de su dominio y oprimieron los pueblos en nombre de Dios.

Y Dios había dicho por boca del Cristo:

Entre vosotros no hay primero ni último.

Amaos los unos á los otros.

Pero más desgarrada que su túnica, fue la doctrina del mártir, y en su nombre sealzaron autocracias nefandas y teocracias sombrías.

Y las razas y pueblos oprimidos, gritaron en vano contra sus opresores, su voz seperdía como el grito de un viajero extraviado en los desiertos de Sahara.

Pero he aquí que un día en que la razón humana se inclinó sobre la raza oprimiday le dijo:

Raza de esclavos, alzad la frente.

Vosotros también sois hombres, como vuestros opresores.Vosotros también sois razas de reyes.

Vuestros padres reinan aún en África y han dominado un continente.Vuestros padres han sido príncipes y guerreros y conquistadores.

Vosotros también habéis tenido esclavos.

Alzad la frente.

Y la raza oprimida alzó la frente pálida y sombría abatida por tantos siglos de injusticia.

Y la razón humana inclinándose entonces sobre los opresores les dijo:

Vosotros, hijos de raza orgullosa y engreída, vosotros también habéis sido esclavos.

Vosotros habéis sorprendido el mundo con los crímenes de vuestros hombres yhabéis producido monstruos dignos de hacer avergonzar la humanidad.

Vuestros grandes pueblos antiguos, los griegos y los romanos, eran pueblos deguerra y de pillaje que vivían sometiendo á la esclavitud á hombres de su misma raza.

Y á su turno ellos fueron esclavos.

Y todos vosotros lo habéis sido y lo sois aún sometidos como estáis al poder delos reyes.

Pero va á llegar el momento de

redimiros.Aprestaos á la lucha.

Oprimidos y opresores alzad la frente.

Y un ruido como de tempestad se escuchó en el espacio y claramente se oyeron pronunciar tres palabras sublimes:

Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Y en medio de una fulguración más imponente que los fuegos del Sinaí se vio aparecer el nuevo Evangelio de la Humanidad, compendiado en los *Derechos del Hombre*.

Y hubo entonces lucha cruenta entre los pueblos y los

reyes.Y vencieron los pueblos.

Pero la esclavitud no desapareció por completo.

Necesitaba toda la luz del siglo XIX para ahogarse aquella gran sombra.

Era, pues, aquella época luctuosa, y aún había esclavos en América, cuandosucedió lo que vais á oír.

CAPÍTULO III

LA PAMPA

¡La tarde en la llanura!

¡Qué esplendidez de Cielo, qué majestad de paisaje!

El sol, como un globo inflamado, como una inmensa bola de fuego, rojo y sin rayos, ocultándose en el horizonte lejano, produciendo fulguraciones caprichosas al partir sus rayos en el terso cristal de la laguna. Los bosques de palmeras, proyectando manchas oscuras, en la inmensa extensión de la pampa. Bandadas de palomas arrullando, ocultasen los jarales de la selva. Partidas de aves marinas, llegando como en peregrinación, á posarse en los altos cocoteros, á orillas de los lagos y el estanque. Las silenciosas y apacibles garzas, ocultas á la sombra de los juncos. El ruido de los insectos, ocultos en las hojas del boscaje. El viento rumoroso de la pampa haciendo doblegar las arboledas. La inmensidad del horizonte, la solemnidad de la hora, aquel himno como de rumores y gemidos que levanta la naturaleza al dormirse en los brazos de la noche, semejante á la oración que alza un niño, al reclinar su sien sobre la almohada, arrullado por besos de la madre, todo es imponente, magnífico, sublime y nunca olvida el alma que la ha visto, la caída de una tarde en el desierto.

Y era una tarde de aquéllas.

El Hato, se alzaba como un refugio contra la intemperie, en medio de la sabana.

Los corrales estaban ya llenos con los rebaños y había cesado el trabajo de aquel día. Sentada cerca á una de las columnas de madera que sostenían una enramada, estaba una mujer ocupada en coser. Era de color, pero fina de facciones y aspecto humilde y simpático. No era aún vieja y la forma de su frente y el brillo de sus ojos, demostraban en ella, un ser inteligente. De vez en cuando, suspendía la labor, y miraba con cariño singular á un joven mulato, que apoyado en el tronco de una palma, estaba á poca distancia de ella.

Eran madre é hijo, y ambos esclavos de la dueña de aquel hato.

El joven era hermoso, cuanto podía serlo un hombre de aquella raza, humillada entonces con el peso de una cadena y embrutecida con las sombras de la servidumbre. Su color era más claro que el de la madre y en sus facciones y cabellos se conocía que había mezcla muy notable de sangre de una raza distinta. Alto, muy alto, de formas atléticas, pecho levantado y rostro simpático y triste. Muy joven aún, casi adolescente, apenas un ligero bozo sombreaba el labio superior bajo el cual se veía lucir la blancura perfecta de sus dientes. Sus ojos tenían una mirada inteligente y triste.

Vestía con pantalón y camisa de coleta, aquél arremangado hasta la rodilla y ésta ceñida por fuera del calzón, con una correa que servía á la vez para sostener una especie de cuchillo de caza, que pendía hacia atrás. Llevaba un sombrero de caña, de anchas alas, caída la una y levantada la de adelante, por el impulso del viento, que le azotaba el rostro. Parecía un gaucho de las pampas argentinas, y al ver su figura imponente, meditando así, en la soledad del desierto, cualquiera se imaginara, el último hijo de los reyes indios, recordando á la sombra de las palmas, la gloria de su raza ya extinguida, y contemplando el suelo de su patria, en poder de invasores extranjeros.

El sol que se hundía, proyectaba la sombra del hombre y de la palma, sobre la playa y el lago, á cuya orilla estaba.

El esclavo dejaba vagar su mirada errabunda, ya sobre las olas que venían á estrellarse á sus plantas, ya en las naves que como garzas marinas cruzaban el lago, y enla línea confusa que limitaba el horizonte.

A veces, alzaba sus ojos melancólicos y los fijaba en el cielo. Su alma huérfana buscaba á
Dios. Prisionera asomada á las rejas contemplando la libertad. El cielo retratado en los ojos de un esclavo, es decir, la grandeza reflejándose en el abismo. Acaso envidiaba la libertad de aquellas aves, que podían moverse en todas direcciones, ir á donde quisieran y amar á su sabor. En tanto que él, hombre y por consiguiente con derecho á ser libre, ni disponía de sus acciones, ni siquiera del trabajo de sus brazos. ¡Su madre, su pobre madre, á quien adoraba y que ya comenzaba á envejecer, tendría que trabajar, bajo el látigo del mayoral, porque él, joven, robusto, que pudiera sustentarla con su trabajo, no se pertenecía! Él no era un hombre, era un esclavo. Pesaba sobre él toda la injusticia de los hombres; apoyada en la *tradición*, que era absurda, en una *maldición* que era quimérica, y en la *autoridad* de muchos siglos, falible como obra de los hombres.

El error con envejecerse, no se transfigura nunca en la verdad.

Por muchos siglos los reyes sostuvieron, los sabios proclamaron, los filósofos ensayaron probar y los ministros apoyaron que la esclavitud era un derecho, que Dios había maldito esa raza, que la maldición de Noé debía cumplirse, que era un atentado tratar de quebrantarla, que en el libro en que ellos habían encontrado todas las verdades, se encontraba la fuente de aquella espantosa violación; que estaba apoyada en la tradición que así lo había enseñado, en la autoridad de tantos hombres, que así lo habían dicho, y en la conciencia universal^ que así lo había creído por tantos siglos. Y, ¿acaso

esa tradición y el principio de esa autoridad y el testimonio de esa conciencia errónea, pudieron hacer nunca verdad esta mentira, santificar este crimen, sancionar esta violación, y hacer virtud este delito? ¡Jamás! ¿Por qué? Porque frente á la tradición á la autoridad y al testimonio de la conciencia universal, se alzaba la razón con su criterio para decir: esto es mentira; el derecho eterno para decir, esto es un atentado; la ciencia para decir, esto es un absurdo, y la justicia para decir, esto es un crimen.

La mente oscurecida del esclavo no podía comprender esto; sin embargo, como relámpago en la sombra de la noche, la verdad prendía fulgores en la sombra de su conciencia y era que, sin que él se diera cuenta, la razón hablaba en el fondo de su alma para decirle: Has nacido hombre, luego has nacido libre; con el hecho de nacer tienes *derechos iguales* á los demás hombres, porque los derechos no los da la sociedad. Y la conciencia le gritaba: tu esclavitud es una injusticia. Pero ¿á quién quejarse? La *ley* lo había establecido, la sociedad lo sostenía, y Dios, los hombres en su insensatez, lo habían hecho hablar por sus labios, profiriendo una maldición para apoyar su impiedad. Añadían al atentado la blasfemia.

En vano el Cristo había venido para romper todas las cadenas y sancionar todas las libertades, si los hombres en su ceguedad persistían en sostener la maldición delviejo testamento frente al perdón, la clemencia y la luz del Evangelio.

Nada podía la escena de la cruz, contra la escena de la vendimia; Cristo contra Noé.

La sangre del cordero que redimía la humanidad del pecado de Adán, no pudo redimirla del de Cham.

Se aplacaba la maldición de Dios y no podía aplacarse la del hombre.

¡Oh! ¡Suprema injusticia de los hombres frente á la justicia eterna de Dios!...

En tanto, el joven esclavo seguía meditando y su meditación revestía á veces como vagas claridades que se translucían en su frente y en su rostro, a veces había luz en esta sombra, la claridad se proyectaba en la tiniebla, fulgores de cielo bajaban á aquel limbo; Dios se asomaba á aquel abismo, la felicidad besaba aquella alma. ¿Por qué? Porque el amor visitaba aquel ser, y el amor es el sol de la vida. He ahí por qué no era eterna la noche de aquella alma. He ahí por qué se disputaban en ella, las sombras y la luz el predominio. Porque aquel hombre tenía una tempestad en el cerebro y un idilio en el corazón. Tenía una lucha de titanes en la cabeza y un nido de ilusiones en el pecho. La sombra arriba y la claridad abajo. Pensaba en los hombres y tenía á Dios en el alma. El infierno en la inteligencia y el cielo en la conciencia. La sombra de los hombres en la frente, el esplendor de Dios dentro del pecho. Odio en la cabeza, amor en el corazón. La noche en el cerebro, y la mañana dentro de sí. Aborrecía como debe aborrecer un esclavo y amaba como debe amar un hombre de veinte años, con todo el corazón y toda el alma.

Se olvidaba déla injusticia délos hombres para pensar en el amor, y entonces era feliz.

A pocas leguas de allí estaba la ciudad, y á su entrada, en una casa humilde, estaba la mujer querida. Aquí el martirio y allá la gloria. Aquí era el esclavo, allá el amante, ¡qué diferencia! Aquí era una cosa, allá era un hombre. Al pensar en esto, su mirada se fijaba en dirección á Maracaibo y entonces sus ojos se llenaban de lágrimas.

Su madre lo contemplaba en silencio.

Ella comprendía lo que pasaba en su interior, porque las madres saben leer átravés del rostro de los hijos.

Ella había observado en el joven esa tristeza, que precede siempre á la aparicióndel amor, semejante al crepúsculo que precede á la aparición de la mañana.

Ella había observado que el esclavo dejaba muchas noches que todos durmieran en el Hato, y se alejaba cautelosamente, y no volvía sino con el alba ¿á dónde iba su hijo? he ahí lo que no sabía la madre, pero lo presentía. Muchas noches había pasado en vela la pobre esclava, rezando en su lecho hasta el regreso de su hijo. Temía que el amo lo descubriera y pudiera castigarlo. Era tan severo... Además, Luis, el hijo del amo, tenía odio especial al joven esclavo y no perdía la ocasión de vejarlo, ya de palabra ó ya de obra.

Era mejor callar.

La noche había caído ya sobre la sabana cuando la madre llamó al hijo.

— Juan, le dijo, ¿no ha venido aún el amo?

El joven, sorprendido, volvió la cabeza, hasta entonces se había creído sólo.

— El amo Joaquín sí, y me parece que el amo Luis, es quien viene allí.

En efecto, un jinete se divisaba ya á corta distancia, á favor de la opaca luz que daba el último crepúsculo de la tarde.

Á poco pasó por cerca á los esclavos, que se descubrieron al verle.

Juan fue á tenerle el estribo y á recibir la bestia, alabándole á Dios, como llamaban entonces, el rezo sacrílego con que los esclavos saludaban á sus amos.

El joven lo miró con soberbia desmedida, con relámpagos de odio; pequeño de cuerpo y de alma deforme, envanecido, envidiaba las atléticas formas y aun la parte intelectual de aquél á quien la suerte había hecho nacer su esclavo.

— ¿Está ahí mi padre? preguntó.

— Sí, señor.

— Ven acá, dijo sin dignarse mirarlo.

El esclavo lo siguió.

Á poco andar, se hallaron en un corredor y á presencia de un hombre anciano ya, de fisonomía distinguida, pero en cuya frente, pronta á contraerse, y en el arco de sus cejas y el brillo de sus ojos, se notaba un carácter irascible y duro.

— Papá, dijo el joven después de saludarlo; he averiguado todo, y ha salido verdad lo que yo le había dicho. Juan se huye todas las noches para Maracaibo, á donde una mujer que tiene, y roba de aquí con que mantenerla. ¿No es cierto? dijo dirigiéndoseal esclavo.

— No, señor, respondió éste.

— ¡Ah! ¿Con qué me contradices?

— Pero si no es cierto.

— Insolente, dijo el joven, dejando caer su mano en el rostro de Juan, con tanta fuerza que el esclavo vaciló.

Mudo de cólera, lleno de indignación, como por el movimiento natural de todo hombre que se siente ofendido, el joven esclavo cerró convulsivamente los puños y en una crispatura nerviosa se agitó como un tigre encadenado.

— ¡Ah! miserable! dijo el padre del joven, ¿te atreves á insolentarte? Y arrebatando á su hijo el fuete que aún tenía en la mano, lo descargó con furia varias veces, sobre el rostro y las espaldas de aquel ser á quien la ley le prohibía defenderse.

— No más, mi amo, no más, gritó la madre del esclavo, arrojándose de rodillas ante el amo enfurecido; perdónelo su merced.

— Llévatelo, gritó el viejo al mayoral; que le den cuarenta azotes y le pongan enel cepo.

El esclavo no dijo una palabra, lívido, silencioso, fue arrancado de allí.

— Perdón, mi amo, perdían, oyó que gritaba su madre de rodillas aún ante el verdugo.

— Quita de ahí, respondió éste arrojándola tan lejos de un puntapié, que la anciana cayó golpeándose con el suelo la cabeza, y recibiendo encima dos fuetazos.

En este momento, el esclavo volvió la vista, y vio á su madre castigada en el suelo, bañada en sangre y clamando aún por su hijo.

Impotente para defenderla, arrastrado por la fuerza, el joven se llevó las manos á los ojos, y prorrumpió en llanto, pero ahogado, comprimido, como el rugido de un león.

Poco después se oyó el ruido del látigo, y después... el silencio. El esclavo estabaen el cepo.

Después... se oyó el rezo de los esclavos y los amos y pocos momentos después, todos dormían.

¿Qué podía perturbar la conciencia de un amo, el castigo infligido á un esclavo? ¿No tenían derecho sobre él? ¡Ah! ¡Y la sociedad de aquellos tiempos, que vivía cometiendo aquella violación, se creía una sociedad verdaderamente moral y cristiana!...

¡Ah! entonces, como siempre, en esta ridícula comedia humana, en esta gran mascarada social, seguía pasando la ostentosa y estólida piedad por virtud; la injusticia por derechoy el abuso del poder, por garantía social.

Aquella noche, el esclavo durmió en el cepo sobre el suelo frío y no tuvo más compañía que su madre, llorando cerca de él.

La luna seguía silenciosa su marcha en el espacio, los hombres y la naturaleza dormían tranquilamente. ¿Á quién podía importar la angustia de un esclavo?

¡Ah! sólo una mujer, á pocas leguas de allí, esperaba impaciente la venida delser que amaba.

El amor, como un arco-iris, estaba tendido sobre aquellas dos almas.

El esclavo en el cepo y la mujer en el hogar, tenían un mismo pensamiento.

Los hombres se habían puesto entre ellos, pero sus almas silenciosas y tristes se besaban en el espacio.

La aurora alumbraría sobre los cielos.

¡Ay! ¡Quién sabe si volvería sobre esas almas!..

CAPÍTULO IV

AMOR

El corazón de la mujer es un nido y el amor una ave.

Cuando el amor se posa en este nido, ella no le pregunta de dónde viene. Jilguero que lo llena de armonías ó ave silenciosa y moribunda que haya plegado las alas, para morir allí, el nido siempre le dará calor.

Alguien dijo que para amar, los hombres éramos una cabeza sin corazón, y las mujeres, un corazón sin cabeza.

Lo que sí es cierto, es que el hombre para amar calcula, la mujer

no.El egoísmo no cabe en una mujer que ama.

Hay siempre en el amor de la mujer, una tendencia generosa de

sacrificio.El amor en la mujer se mantiene de heroísmos secretos.

Los que han denigrado la mujer es porque no la han comprendido, ó no han sidonunca amados con pasión.

Se ha hablado mucho de la inconstancia de la mujer, sin ver que ésta la haengendrado la ligereza de los hombres.

Ellos han hecho nacer en su corazón la desconfianza.

La perfidia de alguna mujer tiene siempre por causa un desengaño anterior recibido por ella.

El hombre ha enseñado á la mujer el camino de la deslealtad, porque por una mujer pérfida ha habido siempre cien hombres que lo son.

El hombre está siempre en asechanza, y si la mujer huye, entonces la culpa: el milano no gusta que la paloma se escape.

Y, es preciso confesarlo; hay mucha cobardía en esta lucha, pero hay más en la victoria.

La mujer está maniatada en esa lucha, no conoce el mundo en que va á combatir, ni el enemigo con quien va á lidiar, no lleva más armas que su nobleza y su virtud; y el hombre las lleva todas.

Y cuando con esta superioridad vence, entonces se atreve á lo que no haría con nadie: ¡á insultar al vencido!

Y finge desprecio por el ser cuyo afecto mendigaba antes de rodillas...

La mujer nace buena y el hombre le pervierte el corazón; nace confiada y el hombre la hace recelosa; ¡nace leal y el hombre la enseña á ser pérfida; nace pura y el hombre la marchita! ¡Y después, la culpa!

Y cuando la flor se resiste á dejarse arrancar del tallo, cuando la estrella no tolera sombra, cuando el ídolo no desciende del altar, entonces se clama contra esta conducta; porque el hombre no quiere que la mujer se defienda.

Ha hecho las leyes á su antojo, para dominará la mujer, en el mundo del amor, quiere también reinar como soberano.

En su despotismo quiere arrebatarle la libertad del corazón.

Y sin embargo, nadie hay más digno de ser amado con lealtad, nadie con más abnegación que la mujer. Ella no busca más que un alma que la comprenda,'y una vez que la halla, vive en ella y sólo para ella.

Hay en clamor de la mujer más espiritualismo, más virtud y más nobleza, que enel del hombre.

Safo, anegándose en el mar de Lesbos, es la genuina representación del alma de la mujer, lanzándose al océano tempestuoso del amor.

Dido, es la imagen de las almas desesperadas y tristes.

Eloísa, la sublime constancia en la desgracia, el amor del espíritu.Eponina, la abnegación.

Porcia, el valor.

Policarpa, muriendo frente á su amante fusilado también, es como un ángel con sus dos alas extendidas, una sobre el amor y otra sobre la patria.

Cuando una mujer ama, no reconoce obstáculo entre ella y el objeto amado.Se lanza como una mariposa hacia la llama.

Siempre en busca de una alma noble, va hacia ella, dondequiera que la halle. Si es un astro, asciende hasta prenderse en los rayos de su luz; si es un gusano, se hace oruga para bajar hasta él.

He ahí por qué Bárbara amaba á Juan. Su amor, puede decirse que había crecido con ella. Había nacido libre, y era voluntariamente esclava del amor de un esclavo.

Hija de una mujer humilde, sirviente en la casa donde Juan era esclavo, habían crecido juntos y se habían amado sin darse cuenta de ello.

Un día, en medio de la pampa, á la sombra de un cocotero, mientras la joven recogía agua por la casa, el esclavo se había atrevido á decirle que la amaba, y ella doblegando la cabeza tímidamente, confesó su amor. No hubo más testigos de aquellos juramentos que las nubes que en aquel momento erraban en el firmamento, las aves que pasaban cruzando el espacio, el sol luciendo sobre el cielo y el árbol gigantesco que les

daba sombra. Digno templo para las nupcias de una alma esclava, la inmensa libertad deaquel desierto.

Desde entonces, la vida del esclavo tenía un rayo de luz sobre su cielo.Porque una vida sin amor es la sombra.

Desgraciado del hombre que á los veinte años no haya amado, dice Lamartine.

Y en efecto, qué tardía la primavera de ese corazón, qué oscuro el firmamento deesa alma.

Un corazón que no ha amado, es como un pedazo de los desiertos de la Libia,árido y sin encanto.

El amor es un sol que fecundiza en el alma los sentimientos generosos, como losrayos del astro rey fecundizan las selvas y los campos.

El alma enamorada es capaz de todas las acciones generosas y grandes.Amar á una mujer es el objeto más noble de la vida.

Desgraciada del alma que al pasar los dinteles de la adolescencia, no halla una alma gemela, con quien cruzar un trecho siquiera del sendero de la existencia.

Amar y ser amado es la felicidad; haber amado es la sombra de ella. Y sin embargo, aún en el recuerdo halla el alma destellos de consuelo.

El amor da aliento para las luchas de la vida, llena el alma de ilusiones y de esperanzas el porvenir.

El amor adquiere mayor intensidad en las almas desgraciadas.

Y Juan, que era joven, desgraciado y querido, ¡con cuánto anhelo no se abrazaríaá este amor, que venía á embellecer su vida!

Desde que se sintió amado, las faenas de su condición le parecieron menos pesadas y la vida menos amarga.

Sus aspiraciones se cifraban en desocuparse de sus quehaceres, para ayudar á Bárbara en los suyos y acompañarla á la fuente. Allí, solían entretenerse á veces en largas pláticas, de esas en que se absorben los amantes, y una noche fueron sorprendidos por Luis, quien furioso se lanzó sobre el joven esclavo, al cual castigó cruelmente, apellidándole holgazán. La joven huyó despavorida, y desde aquel día no pudieron volver á verse en la fuente. Luis estaba celoso. Amaba ala joven con esa pasión brutal de los seres que muy escasos de inteligencia tienen en sí más desarrollados los brutales instintos de la materia.

La joven, que desde el principio le tenía aversión, concibió por él un odio inmenso, desde que en su presencia se atrevió á castigar á su amante, y esquivaba los cariños del joven y huía de su persecución. Más enardecía esta conducta la pasión del mancebo y más aumentaba el odio que ya profesaba á Juan.

Bárbara contaba todo á su amante y ambos sufrían las amarguras que su poderoso enemigo les hacía pasar.

Dinero, alhajas, comodidades, todo ofreció Luisa Bárbara, sin que consiguiera más que desprecio. Entonces propuso á su padre que vendiera á Juan. El anciano se resistió, porque á pesar de su mal carácter, quería al esclavo, y un motivo que sólo él sabía le impedía venderlo.

La madre de Bárbara, que comprendió la persecución de Luis, resolvió abandonar la casa y así lo hizo, trasladándose á Maracaibo.

La separación fue triste. Habían vivido siempre juntos y por primera vez iban á ausentarse.

La joven lloró en brazos del esclavo y al despuntar del alba, un día, se ausentóde allí con su madre.

El esclavo quedó solo con sus recuerdos, su tristeza y sus verdugos.Desde entonces el misterio protegió aquellos amores...

El esclavo huía todas las noches en busca de su amada, y estas huidas queinquietaron los celos de Luis, dieron lugar á los dolorosos excesos que hemos relatado.

Escenas que son fin de un poema y principio de un drama.

¡Idilio que se torna en tragedia!....

CAPÍTULO V

CRIMEN

Las sombras misteriosas de la noche cubrían el esplendor del firmamento.La tiniebla en el cielo, y la soledad en el campo.

El desierto yacía como dormido en el frío regazo de la noche.Viento de tempestad azotaba las palmeras.

Como partidas de espectros luctuosos, las nubes recorrían el cielo, encapotando más y más á cada instante el horizonte.

Las oleadas del lago llegaban como perseguidas, á estrellarse en tropel, con furia inusitada, contra la playa indefensa, y los troncos añosos de los árboles se inclinaban balanceando la cabeza al sentir pasar el huracán sobre ellos, y mugir amenazante el lagoazotador.

De vez en cuando, como un rayo de razón en la mente de un loco, como un remordimiento en la conciencia de un criminal, un relámpago, un vertiginoso zigzag, cruzaba el horizonte y se ocultaba en la sombra. Después, el trueno asordaba el espacio y su voz, debilitándose gradualmente, formaba un eco rimbombante y triste, que iba á perderse en el confín de la llanura.

La tempestad se acercaba, agitando sus alas sobre el desierto, como un cóndor sobre su nido.

El lago parecía querer huir de ella, rugiendo como tigre á presencia del domador. Y la pampa, silenciosa y triste, parecía resignarse á sufrir el azote del vendaval.

Había en el bosque ese rumor confuso y vago de la soledad, ese como murmullo inarticulado, que parece cual si los árboles al inclinarse contaran cosas misteriosas y tristes, que el viento lleva luego entre sus alas.

Precede á la tempestad, como á todos los grandes cataclismos, un momento solemne.

Hay en la naturaleza una especie de pavor que se comunica á los seres animados,y se de muestra en una vaga y silenciosa inquietud.

Gradualmente se fue ennegreciendo el horizonte, creciendo los rugidos del lagoy el furor del viento, hasta que al fin se desató el vendaval.

La tempestad azotó con sus alas de fuego la llanura. La lluvia se desgajó en torrentes. Y no se oía sino un como fúnebre crescendo, formado por el ruido monótono y amenazante de agua que caía, y el sonar del viento, formando remolino y amenazandoarrancar de raíz los árboles del bosque.

El lago levantaba sus olas espumosas, como si en su fondo hubiese una lucha de monstruos, y el cielo producía sonidos asordadores, como si hubiese en él una batalla de titanes. De vez en cuando se oía el chirrido melancólico de una encina centenaria, que al partirse doblada por el huracán, parecía quejarse; el ruido de los árboles gigantes al caer á la orilla del torrente, arrastrando arbustos y malezas en su caída formidable; el grito de alguna ave sorprendida por la tempestad y luchando con las ráfagas del viento; el vuelo

siniestro de las aves nocturnas ó el canto del cárabo; el espantoso estridor de los truenos asordando el ámbito; y la majestad espantosa de la tempestad que es como la cólera del cielo. La noche parecía presentar un crimen y cubría los astros con el velo de la tiniebla para que no lo viesen.

Envuelto en las sombras, azotado por el viento y por el agua, deslumbrado por la luz de los relámpagos, que más lo cegaban que alumbrarlo, iba á galope tendido unjinete en la llanura.

Completamente empapado por la lluvia, el sombrero echado hacia atrás y sostenido por un barboquejo, el cabello corto, caído sobre la frente y adherido á ella por la humedad, manejando con diestra y fuerte mano el potro casi indómito que montaba, iba como una visión en medio de la sombra el atrevido viajero.

Era Juan.

Dos días habían pasado desde su doloroso castigo, y esa noche, burlando la vigilancia del *mayoral,* había logrado escaparse, como en noches anteriores y para él más felices, en busca de su amor.

Don Joaquín estaba en la ciudad, Luis también, y él lograría regresar antes que ellos, y sin que echasen de menos su presencia.

El cielo parecía oponerse á su designio.

La fuerza de la lluvia que había acrecido inmensamente algunas cañadas y la oscuridad que no dejaba percibir bien el sendero del camino entretenía su marcha.

Hábil y atrevido nadador, el esclavo atravesaba los caños aguijoneando el bruto que montaba, y conocedor de los caminos volvía prontamente á ellos si los había abandonado.

Nada lo detenía, ni lograba amedrentarlo. Un rayo cayó muy cerca de él, desgarrando una vieja palmera y haciendo un ruido formidable, y él se conformó con santiguarse y siguió adelante.

Creyó sentir al pasar por cerca de un bosque un ruido como de gente ó algún animal que ándase por allí y se conformó con llevarse la mano á la cintura, buscando su cuchillo, para hacer frente al peligro si lo había.

Entonces notó que estaba desarmado. Esa tarde había matado un- cabro en el Hato y había dejado luego su cuchillo, metido el bahareque de la enramada en que dormía, cerca de su chinchorro, con la esperanza de limpiarlo luego, de la sangre que tenía.

La falta de su arma favorita no lo detuvo y siguió adelante.

Calmaba un poco la tempestad, cuando él entraba á la ciudad, que estaba en un silencio profundo y á poco golpeaba en una casa de humilde apariencia. Prontamente, y como si hubiesen oído adentro el ruido del jinete al llegar, abrieron la puerta y una joven apareció en el dintel con una luz.

Era Bárbara.

Alta y delgada, esbelta como una corza del desierto, tenía ese talle airoso y cimbrador que hace de las hijas del lago, un modelo de elegancia natural. Sus ojos grandes y negros tenían ese fuego tentador de las hijas de esas playas, en cuyas pupilas parece concentrarse todo el fulgor de estos cielos y el ardor de los trópicos. Sus cabellos negros como el ala de un paujil, sombreaban su rostro moreno y pálido, en el cual había una sombra de tristeza y pasión encantadora.

Apenas la vio, el joven le tendió los brazos. Ella se dejó abrazar con ese aire entre triste y serio que toman las mujeres que aman, cuando están enojadas con su amante.

— ¿Por qué estás así? le preguntó Juan.

— Y, ¿por qué no habías venido? replicó ella, dejando conocer en esto la causa de su enojo.

— Ven, te lo contaré, dijo el joven, cerrando la puerta y tomándola de la mano.

Sentado luego en una hamaca que había en la mitad del aposento, Juan refirió á su amada las violentas escenas habidas entre él y sus amos, sin ocultarle nada.

— ¿No es verdad que soy muy desgraciado? dijo con furor al concluir.

Bárbara por toda respuesta ciñó el cuello de su amante con su brazo y acercó su rostro al de él, buscando con su labio el labio de su hermoso compañero.

Con este beso apasionado y tierno, el esclavo olvidó toda su angustia y clavó sus grandes ojos negros con una admiración y un amor indescriptibles en el rostro de su amada. Pero ella, impresionada todavía con la narración que acababa de oír, le preguntó:

— ¿Y cómo has logrado venir esta noche?

— Aprovechando que los amos están aquí en la ciudad.

— ¡Ah! pobre de ti, ¿y si llegan á descubrirte?

— Me castigarán de nuevo, pero yo no podía prescindir de verte.

— ¡Cuán desgraciados somos! dijo la joven con una tristeza profunda; pero yo tengo confianza en Dios, que al fin hemos de ser felices. Yo sigo trabajando, hasta reunir con qué pagar á tus amos el valor de tu persona y lograr así libertarte. Hasta entonces no podremos ser felices.

— Gracias, gracias, dijo el esclavo lleno de amor y gratitud, estrechando á aquella abnegada y noble mujer, que el cielo le había dado como un ángel consolador desu infortunio.

El llanto de un niño que despertaba en una cuna inmediata los interrumpió, y ambos se abalanzaron hacia donde estaba su hijo.

Cuando llegaron á la cuna, el niño tenía abiertos sus negros y grandes ojos y tendía las manos como buscando á su madre. Ésta lo tomó en los brazos y lo presentó al padre. Juan le besó la frente con cariño infinito y sin embargo una nube de tristeza se dibujó en él, porque pensó que aquel niño tan bello y tan querido era el hijo de un esclavo.

Ambos se pusieron á dormir el niño, contemplándolo á medida que cerraba sus ojitos y se quedaba quieto, con ese amor entrañable que sólo tienen los padres.

— Ya está, dijo poco después Bárbara; poniéndose de pie y colocando el niño ensu cuna.

En aquel momento un ruido espantoso se escuchó en la calle, tropel de gente quecorría ruido de voces y armas.

— ¿Qué será? dijo Juan, dirigiéndose á la puerta.

— No salgas tú, déjame ver á mí, dijo Bárbara, y abrió la puerta. Juan permaneció de pie en medio del aposento.

En aquel momento, varios agentes de policía pasaban apresurados.

— Por allí corrió, decía uno.

— Allí saltó la palizada, decía otro.

— Se habrá escondido en alguna casa, decía el jefe.

— ¿Quién? —preguntó Bárbara.

— El asesino.

— ¿Qué asesino?

— El de don Joaquín N...

— ¡Cómo! ¿Lo han matado?

— En este momento en la calle de ***

— ¿Y quién?

— No se sabe. El hombre le dio una puñalada y echó á correr. Va vestido deblanco y con sombrero de caña. El herido dice que se le parece á un esclavo de su Hato.

— ¡Dios mío!

El agente siguió y Bárbara cerró la puerta.

— ¡Ay! conque han matado al amo, dijo Juan, olvidando en aquel momento losmalos tratamientos de que había sido víctima, y dirigiéndose á la puerta.

— ¿A dónde vas?

— Á ver al amo.

— ¡Desgraciado! no ves que estás aquí sin su permiso.

— Eso no quiere decir, le pediré perdón y lo ayudaré á llevar, déjame ir.

— No, dijo la joven.

— Es preciso ir.

— No, dijo resueltamente Bárbara; poniéndose entre su amante y la puerta.

— ¿Por qué?

— Porque pueden creer que tú lo mataste.El esclavo se sorprendió.

— ¡Cómo!

— Sí, replicó Bárbara. Tú has venido á escondidas, tú estás disgustado con el amo, él ha dicho que el asesino se le parecía á uno de sus esclavos y podrían culparte á ti. No, no saldrás, dijo la joven arrojándose á los brazos del esclavo, como si temieseque lo amenazara algún peligro.

El joven quedó estupefacto.

— Me voy entonces para el Hato, dijo pocos instantes después.

— Sí, vete, vete pronto, dijo la joven.

El esclavo se dirigió á la cuna de su hijo, clavó en él una mirada tierna, triste y profunda y cual si lo contemplara por última vez, lo besó en la frente, y dos lágrimas desprendidas del ojo del padre, cayeron sobre el rostro del hijo; luego abrazó á Bárbara que se prendió á su cuello llorando, y haciendo un esfuerzo supremo, abrió la puerta y se lanzó á la calle. Después se oyó el ruido del caballo que partía á correr.

Bárbara quedó pensativa, de pie ante la cuna de su hijo, y en actitud meditabunda: así permaneció muy largo rato.

Después volvió á oír ruido en la calle y puso el oído á la puerta.

— ¿Lo cogieron? preguntó un vecino curioso á un policía que pasaba.

— No, dicen que estaba escondido en una casa por aquí y se escapó á caballo.

Van á mandar una escolta á perseguirlo.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Bárbara, cruzando las manos. Protégelo de la sospecha, Señor.

Después se dirigió á un modesto altar que había en el mismo aposento y postrándose de hinojos se puso á orar con fervor.

Ya no tronaba.

La tempestad no se oía en el cielo, toda se había agrupado sobre la frente del esclavo.

Las tempestades de las pasiones de los hombres son más temibles que las tempestades del cielo.

El rayo de Dios, es la justicia.

¡El rayo de los hombres, la venganza!...

CAPÍTULO VI

ANTE LA LEY

El crimen había sido trágico, alevoso, rápido.

La noche con su espantosa oscuridad, había sido cómplice de él.

En el alma del matador la sombra del mal, y en el cielo la sombra de la noche.Un alma en la oscuridad, buscando la oscuridad del cielo para herir.

Las tinieblas se atraen.

El crimen es un abismo que atrae al criminal. Éste es la sombra cayendo en losombrío. Lo terrible desplomándose en el seno de lo horrible.

En estos crímenes se juntan la noche del alma y la noche del cielo.

Hay ausencia total de luz. Faltan en el alma la virtud y en el cielo el sol.Hay doble eclipse: de Dios en la conciencia y de los astros en el cielo. El drama fue corto.

Un hombre que iba, otro que se deslizó en la sombra, una puñalada, un grito de dolor, una exclamación tras una celosía y un hombre que huyó, tal fue el cuadro!...

El herido cayó al suelo, bañado en sangre: el matador le había rasgado el vientre.

Cuando fue alzado de allí por la autoridad, aún vivía.

El lector habrá comprendido que la víctima era don Joaquín, atacado y herido por un bandido en la calle de ***, al retirarse de una visita, donde lo había sorprendido la tempestad.

Fue llevado ya moribundo á la casa que tenía en esta ciudad, allí recibió los sacramentos, y expiró, á poco tiempo, sin hacer más declaraciones, sino que interrogado sobre si había reconocido á su asesino, dijo, habérsele parecido aquél, en su aspecto y suvestido, á su esclavo

Juan, pero que no pasaba de ser una suposición, pues aquél debía estar esa noche en el Hato.

Al día siguiente, como de costumbre, el público estaba ansioso de comentarios y la justicia de sumarios.

Los agentes de policía dijeron haber visto salir de la población un hombre á caballo, y se envió una comisión en su seguimiento. Al mismo tiempo la autoridad ordenaba le detención del esclavo sobre el cual había caído la sospecha del moribundo.

Juan había llegado al Hato, ya casi de día, y aunque sus compañeros de esclavitud lo habían visto llegar, nada dijeron.

Humedecida la ropa con la lluvia de la noche, se despojó de ella y volvió á ponerse la de trabajo, aún manchada con la sangre del cabro, que había matado la tarde anterior.

Rendido de cansancio y de fatiga, y horriblemente preocupado con la idea de que pudieran culparlo á él, del asesinato, se recostó en el chinchorro, esperando que Luis viniera de la ciudad, para principiar sus quehaceres.

Se quedó profundamente dormido.

Entretanto, Luis, que había acompañado á su padre hasta que exhaló el último suspiro, dejando el cadáver en poder de la autoridad, para las diligencias judiciales, salióen persecución de aquel á quien se creía reo del asesinato.

Cuando llegaron al Hato, Juan dormía.

Tuvieron que contener á Luis para que no se arrojara sobre el esclavo dormido y lo matara.

La escolta rodeó el chinchorro en que dormía Juan, cual si temiesen pudiera escaparse.

El Jefe extendió la mano mostrando, sin hablar, las manchas casi frescas de sangre que tenían las mangas de la camisa del esclavo, y las gotas de que estaba salpicado el calzón. Y acercándose á él, lo tomó fuertemente del brazo y lo sacudió con violencia.

El esclavo despertó.

Al verse rodeado de gendarmes y cercado como una fiera, se acordó de la noche anterior, de lo que había oído referir, dicho por don Joaquín, y de los temores de Bárbara. Asustado y confuso, su primer impulso fue protestar.

— Yo no he matado al amo, dijo poniéndose de pie.

— ¡Ah! malvado, ya te denunciaste, dijo Luis, con una voz en que se notaba más la satisfacción de ver perdido para siempre el rival odiado, que el furor del hijo frente al asesino de su padre.

— ¿Dónde estabas anoche? preguntó el jefe de la escolta.El esclavo calló.

El mayoral, que creía ya en el asesinato de amo por Juan, contó que éste había llegado al Hato al aclarar el día.

— ¿En qué bestia? preguntó Luis.

— En el potro bayo.

— Que vayan á traerlo.

Fueron registrados éste y los aparejos y se hallaron todavía húmedos del sudor.

El esclavo se acordó de su cuchillo, que podía acabar de venderlo si aparecía manchado en la sangre del animal, muerto al día anterior, é instintivamente miró hacia donde estaba éste.

El jefe de la escolta le siguió la vista y vio la empuñadura de un cuchillo cuya hoja estaba oculta entre el bahareque.

Abalanzándose hacia él, lo tomó.

— Aquí está el cuchillo, dijo.

Todos se acercaron á verlo.

— ¡Lleno de sangre!... exclamó Luis.

Todos retrocedieron espantados.

— Asesino, miserable, gritó el joven queriendo abalanzarse hacia Juan.

— Soy inocente, dijo el esclavo, mirando fijamente á su enemigo. Con ese cuchillo maté ayer un cabro y por eso está como mi ropa, manchado de sangre.

— Eso no es cierto, dijo el mayoral; porque él acostumbra limpiar su cuchillo, acabando de beneficiar el animal. Y ayer lo limpió.

Hubo quien asegurara, no sólo que lo había visto limpiar el cuchillo sino que toda la mañana el día anterior lo había estado amolando. Esto último lo atestiguaron todos los esclavos.

— Amárrenlo, dijo el Jefe.

Cuatro hombres se lanzaron sobre él y lo ataron fuertemente.

El joven pálido, indignado, sombrío, no hacía más que protestar. Frente á su infortunio hubiera llorado, pero allí estaba Luis, y un hombre, cualquiera que sea, frente á su rival no se humilla.

No faltaron esclavos que acusaran á Juan de de haber vertido palabras contra sus amos, porque en la esclavitud, los hombres, como los pueblos, degeneran, y siempre surgen los delatores allí donde hay opresores; siempre la bajeza hace cortejo al despotismo.

Las más inocentes acciones del esclavo salieron entonces á luz, discutidas, comentadas y tergiversadas.

Pruebas sobre pruebas se acumulaban como sombras, sobre aquella cabeza inocente.

Sus compañeros de infortunio, no eran ya sus amigos; porque la desgracia aísla. No era la idea del crimen lo que los apartaba de él, sino el temor al castigo.

Maniatado, oprimido, vejado, el esclavo fue arrancado de aquel Hato donde había visto por primera vez la luz, había sentido el amor y llorado su infortunio.

En medio de una escolta que representaba la justicia, iba aquel hombre, víctima de todas las injusticias.

Todos lo vieron marchar, indiferentes ó amedrentados.

El único ser que podía llorar por él, su anciana madre, no estaba allí. Había ido al monte desde por la mañana, en unión de otros esclavos, á cortar leña y no había vuelto aún.

¡Ay! pobre madre, al volver ya no hallaría á su hijo. La ley lo había arrancado desu lado, y como un criminal marchaba á la cárcel.

Al mediodía, la gente de la ciudad se agrupaba en las calles por donde debía pasar el asesino.

Y allí lo vieron, en medio de doble hilera de guardianes y atado como una fiera rabiosa.

La frente levantada sin altanería, la faz entristecida y seria, la mirada severa y pura del presunto, reo hacían vacilar la multitud.

Su edad, su fisonomía, su actitud inspiraban un secreto interés. Á todos se les hacía imposible que aquel hombre fuera criminal. Sin embargo, todas las apariencias estaban en su contra.

El había salido del Hato, á escondidas, poco después que sus amos; estaba disgustado con ellos, se le había visto en toda la mañana del día del crimen afilar su cuchillo; había llegado á la ciudad poco antes del asesinato, y se le había visto huir á caballo pocos momentos después de perpetrado el delito, su vestido era tal cual lo había dicho el moribundo; éste lo había señalado como su asesino; la prueba de la coartada, única que pudiera haberlo salvado, no lo favorecía; su cuchillo y sus vestidos estaban manchados de sangre y por último, y esto parecía decidirlo todo, él mismo se había delatado, cuando al despertar ante los representantes de la ley, había dicho sin que nadielo hubiese acusado todavía:

“Yo no he matado al amo”.

La perspicacia de la justicia humana estaba satisfecha.

La propia é involuntaria delación del supuesto reo y las pruebas halladas contraél eran la base sobre la cual iba á levantar su edificio.

El esclavo fue arrojado en un calabozo inmundo, privado de la luz, del alimentoy del aire puro.

Allí, solo, abandonado de todos, frente á frente de su inmenso infortunio, pudo entregarse á su dolor.

Tendido sobre el suelo húmedo, perseguido por sus recuerdos, lloró amargamente.

Pensó en su madre, en su amada y en su hijo.

¿Qué había hecho él? ¿Por qué era tan desgraciado? ¿Por qué se ensañaba la suerte, así, con él?

Otros jóvenes como él, amaban y eran amados sin obstáculos, vivían libres, alegres y felices.

¿Por qué era él tan desgraciado?

Si la injusticia de los hombres lo perseguía, ¿por qué la justicia de Dios no lo amparaba?

La sombra que reinaba en su rededor parecía penetrar en su cerebro. La desesperación se apoderaba de su alma: ¡Dios mío, Dios mío! gritó el desgraciado, ¿qué he hecho yo?

El silencio respondió á sus lamentos: ¡madre mía! ¡Madre mía! clamó con desesperación, y los muros de la cárcel volvieron el eco de su acento. Estaba solo, con la inmensa soledad de la desgracia!...

Quedó pensativo, abismado, en esa estupefacción que se apodera del alma en losgrandes dolores.

Especie de atonía siniestra y aterradora, que es como aurora de locura, tinte amenazante y vago, que debe alumbrar el rostro de los suicidas en el momento de su última resolución.

La espada de la ley caería pronto sobre aquella cabeza inocente.

La justicia humana creía haber hallado la verdad, y se aprestaba á obrar en nombre de la justicia divina.

¿Quién se pondría entre aquel hombre y el rayo de la ley, entre aquella cabeza y el hacha de la justicia, entre aquel esclavo desvalido y aquella sociedad airada?

¿Sería acaso esa anciana esclava, que ha llegado jadeante y medio loca á la puerta de la cárcel, atravesando por entre la multitud, llamando á su hijo y que de rodillas suplica á la guardia que la deje entrar? ¿Ó será esa joven, que pálida y silenciosa, con la tristeza en la frente y la desesperación en el alma, ha seguido al joven prisionero desde su entrada á la ciudad, y muda como una estatua ha quedado á la puerta de la cárcel, como si se hubiese petrificado en medio de aquella muchedumbre? ¡Oh! no, pobres seres desvalidos no podrán libertar al prisionero. Ellas darían con gusto su cabeza por la cabeza del preso, si la sociedad y la ley lo permitieran. Pero la sociedad y la ley tienen sus trámites para asesinar. El asesinato jurídico tiene sus formas más estudiadas que el asesinato particular. El asesinato social no equivoca la víctima, como puede suceder en un asesinato que no sea legal. Los asesinos buscan la noche para herir, la ley busca el día para matar. Hay menos pudor en el segundo crimen, pero hay más sensación. ¡Causa más espanto, da más horror!

Y esto es lo que se busca...

La sociedad quiere castigar el asesinato, asesinando; borrar la sangre con la sangre; el crimen con el crimen; el golpe del puñal con el golpe del hacha, y como lo que se atribuye á Cromwell, suele disfrazarse de verdugo para herir.

Es la justicia de los hombres, y destruye. Si fuera la justicia de Dios, corregiría.

CAPITULO VII

LUCHAS DE UNA ALMA

Parecía la estatua de la meditación.

Su pálida cabeza apoyada en la mano temblorosa y los escasos blanquísimoscabellos caídos sobre la sien.

Su aspecto tenía el aire austero de un cenobita y la placidez de un niño.

Sus ojos eran grandes, serenos; tenían una mirada apacible y pura, parecíanhechos para mirar el cielo y alzarse al compás de una plegaria. Su frente tenía ese

secreto resplandor que da el talento y esa aureola que esparce la virtud sobre la cabezadel justo.

Pero aquella mañana tenía la frente sombría y el aspecto meditabundo.En aquel cielo, hasta entonces sereno, rugía la tempestad.

En aquella alma había una lucha.

¿Con quién? con la conciencia....

¡Y qué lucha podía sostener el alma de aquel anciano sacerdote, cuya vida era tranquila como el sueño de un niño, y que inclinaba ya su cabeza vacilante hacia la tumba, sin un remordimiento y sin una mancha?

Era posesor de un secreto.

De él dependía la vida de un hombre.He ahí por qué meditaba.

La tarde anterior, cuando habían traído preso al esclavo, una mujer que se había acercado á él, en el tribunal de la penitencia, le había dicho: “Yo sé, padre, quién fu el asesino, yo estaba tras la celosía de la ventana de mi casa, cuando el hombre asesinó á don Joaquín, yo lo vi pasar cerca de mí. Él comprendió que yo lo había visto en el momento de dar la puñalada, pues no pude contener un grito. ¡Hoy se ha presentado á mi casa y me ha hecho jurar que no lo denunciaría! Si me denuncias, dijo, juro matarte á ti, á tu esposo y á tus hijos. Y lo cumplirá, padre, porque es: Fulano ”

— Calla, dijo; no me digas nombres propios. Pero era ya tarde, la mujer lo había dicho...

Después de aquella confesión, el anciano se levantó disgustado. El secreto le pesaba horriblemente en la conciencia.

El tenía en sus manos la vida de un hombre y no podía dársela.

Le bastaría decir una palabra para confundir al criminal y salvar al inocente. Y sin embargo tenía que callar.

¡Qué espantosa lucha entre dos deberes!

Iba á ser un cómplice inocente de dos asesinatos: el del hombre y el de la ley.La tranquilidad huyó de la conciencia de aquel justo.

No había habido nunca grandes batallas en el fondo de aquella alma, y le amedrentaba el combate consigo mismo.

Delatar era un crimen para el sacerdote; callar era un crimen para el hombre.Lucha espantosa entre una violación ó una complicidad.

La virtud sufría tortura en aquel ser.

Era una rara tempestad, la tempestad de esa alma.

Aquella conciencia, nublada por primera vez, se horrorizaba, creyendo el crepúsculo de la incertidumbre, la noche eterna del crimen.

Aquél era un raro combatiente; la mitad de la batalla la había peleado de rodillas. No teniendo fuerzas en sí mismo, las buscaba en Dios.

La oración fortifica las almas creyentes, porque la idea del auxilio divino les da valor para la lucha.

El anciano levita había orado y meditado durante la tormenta.La luz del alba lo había sorprendido sin entregarse al reposo.

Su lecho se veía intacto, sólo se notaban en el cojín que había al pie de unreclinatorio, las señales de sus rodillas.

Aquél había sido el lugar de lo más recio del combate.De allí se había levantado abatido, pero no vencido.

Estaba resuelto á continuar la lucha sin descanso. Él disputaría palmo á palmo elterreno á la justicia errada délos hombres; defendería aquel esclavo inocente y

desvalido, cubriría aquella cabeza amenazada y combatiría en nombre de Dios para salvar al inocente, ya que no podía hacer perecer al culpable.

Tenía el sacerdote necesidad de obrar activamente y, era su primer deber, ir á conocer el criminal supuesto, y enterarse bien de su inocencia.

Haciendo un esfuerzo para salir de su absorción, Se puso en pie; cubrió sus hombros con humilde manteo, tomó su sombrero y se lanzó á la calle
Caminaba aprisa, muy aprisa, como si no sintiese el peso de los años.

Llegó á la cárcel y obtuvo licencia de entrar.

Cuando penetró en la celda de Juan, éste estaba tendido en el suelo y apoyada su cabeza en las manos.

El resplandor de la luz, que le hirió las pupilas, le hizo alzar la frente.

Al ver proyectarse la figura del sacerdote, un frío glacial recorrió todo su cuerpo, tuvo miedo, porque creyó que iba á llegar su último día. ¿A qué podía venir, sino á confesarlo?

— Padre, dijo el esclavo, ¿me van á matar?

— No, hijo mío, vengo á hablar contigo.

— ¡Ah! señor ¿por qué me tienen aquí, si soy inocente? dijo el joven prorrumpiendo en llanto.

— No llores, hijo, que Dios no te abandonará. Tranquilízate y dime ¿cómo te llamas?

— Juan.

— ¿Qué edad tienes?

— Mi madre me dice que veinte años.

¡Ah! tan joven y morir quizá, dijo para sí el presbítero.

— Refiéreme todo lo que ha pasado, y por qué estás aquí.

El esclavo contó ingenuamente al sacerdote, cuanto había sucedido sin ocultarle nada, ni sus castigos, ni sus amores, ni sus faltas.

Á cada una de aquellas escenas de crueldad, referidas por el esclavo, el ministro alzaba los ojos al cielo, como para poner á Dios por testigo de que protestaba desde el fondo de su conciencia contra semejante atentado y decía:

— Sigue, hijo mío, sigue.

Cuando el esclavo terminó, el sacerdote le preguntó dónde vivía Bárbara, y poniéndose de pie le dijo:

— Ten confianza en Dios, hijo mío. El combate por los débiles y por los oprimidos.

Tú no estás solo; yo combatiré por ti. Ruega á Dios que no me venzan.

— El esclavo, bañado en llanto, tomó la mano del Padre y la besó con gratitud cubriéndola de lágrimas.

— Eres inocente, dijo el padre, tienes á Dios de tu parte. No desconfíes. Y abandonó la celda.

El esclavo volvió á quedar solo y algo consolado.

El sacerdote se dirigió á su casa y mandó llamar á un letrado muy conocido en laciudad por su ciencia y aptitudes en el foro.

Entretanto que aquél llegaba, se paseaba apresurado por el aposento.

— Lo salvaré, decía, lo salvaré, aunque tenga para ello que sacrificar lo poco que poseo.

Y luego, deteniéndose ante el reclinatorio, sobre el cual mostraba su frente doblegada y abatida la imagen de un Cristo moribundo, exclamó:

— Ayúdame, Señor, ayúdame á salvarlo. Tú ves la lucha que sostengo; yo también quiero salvarme. Es inocente, Señor, no le dejes perecer.

En aquel momento entró el abogado.

— Señor Doctor, dijo el Presbítero, he mandado llamar á Vd. porque deseo que defienda á un hombre que va á ser juzgado.

— Si es defensable...

— ¿Sabe Vd. como es natural, el asesinato de don Joaquín N?...

— Sí, señor.

— ¿Sabe Vd. á quién se acusa como á su asesino?

— Sí, señor, á su esclavo Juan.

— Pues á él es á quien quiero que Vd. defienda.

— Pero, padre, ese hombre es culpable.

— No, señor, es inocente, de otra manera no lo habría yo llamado á Vd. para suplicarle que lo defendiera.

— Pero todas las pruebas están en su contra.

— Eso probará á Vd. la infalibilidad de los juicios humanos, lo delicado de la justicia y lo espantoso de las leyes irreparables. Si ese hombre muere, juro á Vd. por mi fe, señor Doctor, por mi honor de hombre y mi dignidad de sacerdote, por este otro mártir, dijo, mostrando el Cristo, que aquella muerte es una injusticia, aquel hombre es inocente.

— Padre, aseguro á Vd. que haré cuanto se pueda.

— Sálvelo, Doctor, consiga siquiera la conmutación de la pena. Verlo en presidio será una injusticia pero no irreparable. Haga Vd. cuanto pueda, no se pare Vd. en gastos, yo los cubriré todos, y dirigiéndose á un armario sacó de él unas onzas de oro, quizá sus ahorros más queridos, y poniéndolos sobre la mesa dijo al abogado; Tome Vd. para los primeros gastos. Luche Vd. mi querido Doctor, que está luchando por el derecho. Arrancar una víctima al patíbulo, es arrancar una vergüenza á la sociedad y evitar un crimen á la ley. Y si esta víctima es inocente, no hay corona bastante honrosa para el hombre que la salve.

— Padre, dijo el abogado, es Vd. un santo.

— Tomar tanto empeño por un esclavo...

— ¡Ah! ¿Y luego los esclavos no son hombres? ¿Y luego este mártir, dijo señalando el Cristo, al sacrificarse por los oprimidos no abolió todas las esclavitudes, y al morir clavado en un patíbulo no maldijo todo los cadalsos: Mostrando que la *justicia* humana puede no sólo herir una cabeza inocente, sino una cabeza divina?

Había tan patética entonación, tanta honradez en su acento, que el abogado calló.

— Cuente Vd., Padre, con que haré cuanto humanamente se pueda por salvarlo.

— Hágalo Vd. que Dios está con nosotros. Cuando el abogado hubo salido, el sacerdote quedó más tranquilo. Hasta entonces tomó algún alimento y se sentó en una silla á descansar. Allí lo sorprendió el sueño.

Era bello aquel anciano dormido así.

Su blanca cabellera, agitada por una que otra ráfaga de brisa, semejaba el liquen de los páramos agitado por vientos de la tarde. Sobre su frente prolongada se veían pasar á veces sombras en el sueño, producidas por el recuerdo de la lucha anterior y todo demostraba que aun dormido, aquel santo varón no estaba en calma.

El sueño de los justos asemeja el sueño de los niños. La ancianidad virtuosa se parece á la niñez inocente.

Los dos crepúsculos tienen semejanza, el uno sale de la sombra, el otro va á la sombra. Mañana y tarde de la vida humana, ambos son bellos.

Sobre la cabeza de aquel anciano se agrupaban dos aureolas: la ancianidad y la virtud.

Gladiador cansado, Dios velaba sobre él.

Dejémoslo dormir...

CAPÍTULO VIII

¡INACCESIBLE!..,

La mujer en lucha con las asechanzas del hombre, sólo tiene la fuerza de su propia debilidad, pero en lucha con el dolor, tiene ocultos tesoros de fortaleza sorprendente.

El hombre es superior ante los peligros materiales y las luchas físicas, pero la mujer es siempre más valerosa, más fuerte, en las luchas supremas con el infortunio.

En esos instantes solemnes de la vida, en que parecen condensarse todas las nubes del dolor sobre la frente, y la ola salobre de la angustia nos golpea el labio y amenaza sumergirnos, cuando el hombre rendido dobla la cabeza, deja caer los brazos, y como un náufrago se deja llevar por la corriente, la mujer se yergue, lucha con brío, flota sobre la ola embravecida y gana el puerto, llevando muchas veces hasta él á un ser querido.

Y si el amor la inspira, se agiganta.

Una madre que lucha por su hijo, una esposa que combate por su esposo, una hermana por su hermano, una amante por su amante son sublimes y poderosas con su amor.

El sufrimiento las magnifica y el amor las diviniza.

He ahí por qué Bárbara había resistido sin sucumbir, aquella lluvia de dolores.

Después de aquella noche infortunada, última en que el beso de su amado cayó sobre su frente había sufrido tanto...

Al verlo partir, había sentido una amargura indefinible, como si presintiese que lo perdía para siempre, había querido llamarlo y le faltó la voz, tendió los brazos como para abrazarlo y se desplomó en una silla. Allí la sorprendió la aurora.

Guando supo toda su desgracia, las sospechas que caían sobre Juan, la persecución de aquel supuesto delincuente y la hora en que llegaría preso, quiso verlo en su calle de amargura, alentarlo con su mirada y protestar de su inocencia. Estaba resuelta á decir al mundo que ese hombre había pasado la noche en sus brazos y no en elcrimen, que ese hombre era inocente.

Pero, cuando oyó el tumulto de la gente y supo la entrada del preso, corrió á su encuentro, mas ¡ay! sólo alcanzó á verlo entrar á la cárcel. Sólo alcanzó á divisar aquella cabeza querida, que tantas veces había reclinado sobre su seno, ahora descubierta, bañada de sudor y amenazada por la muerte; aquello ojos en cuyas pupilas estaba acostumbrada á contemplarse, ahora entristecidos por el infortunio y por elllanto; aquel ser tan querido, hoy tan desgraciado.

Cuando el astro de su amor se ocultó tras ese muro llamado la cárcel, la mujer quedó en la sombra.

Inmóvil y muda permaneció largo rato.

Sólo volvió en sí, cuando recordó que era madre.

Entonces abandonó la mitad de su corazón que quedaba en la cárcel, para ir á buscar la otra mitad, que esperaba en la cuna.

Al retirarse oyó gritos desgarradores y vio una anciana que pugnando por entrar, era rechazada á culatazos y que de rodillas en las baldosas de la calle suplicaba por Dios que la dejaran entrar, y era arrastrada de allí, por unos soldados y otros hombres sin

piedad, entre los silbos de los muchachos y los gritos de la multitud indignada con aquelespectáculo.

Al acercarse, reconoció á la anciana esclava, madre de Juan, que con el cabello desgreñado, cubierta de sudor, y roto por la lucha el humildísimo vestido, bregaba con sus conductores y llamaba á su hijo. Quiso unirse á ella para defenderla, pero la multitud no le dejó paso libre y la anciana fue arrastrada de allí, sin que pudiera verla.

Aún más desgarrada su alma, por este cuadro tristísimo, llegó á su casa.No se cuidó de tomar alimento, sino de darlo á su hijo.

Sus lágrimas caían como un bautismo de dolores sobre aquella cabeza inocente.El niño se durmió bajo aquel rocío de lágrimas.

Bárbara se ocupó de enviarle la comida á Juan, y cuando supo que no le habían dejado entrar nada, tornó á llorar exclamando:

— ¡Ah! qué cobardes, lo quieren matar de hambre.

Aquella noche fue una noche horrible para ella. Vestida se tendió sobre el lecho y por intervalos un sueño febricitante y nervioso la sobrecogía. Entonces soñaba que habían matado á Juan, creía oír una descarga y despertaba sobresaltada.

El día vino á librarla de aquella intermitente pesadilla.

Apenas despuntó el alba, abrió la ventana y se puso á contemplar el cielo.

Es tan dulce para los que sufren y creen buscar á Dios, cuando son perseguidos por los hombres.

Tiene tanto halago la naturaleza para las almas dolientes y enamoradas. Luego se reclinó en un sillón y quedó meditabunda y abismada.

De tal manera, estaba absorta que no sintió la entrada de un hombre, que pasó adelante, después de haber tocado la puerta, sin obtener respuesta.

Cuando alzó los ojos, estaba frente á ella.Entonces lo reconoció.

Era Luis.

El joven la contemplaba con esa mirada lasciva y atrevida, que tanto indigna álas mujeres honradas.

Luis era torpe por naturaleza y fatuo por carácter.

Tenía la más irracional y ofensiva de las insolencias, la insolencia del dinero.

La riqueza suele producir vértigo en las inteligencias que son estrechas y las almas que no son grandes.

Y Luis tenía la fatuidad del rico ignorante.

Cuando Bárbara lo vio, sintió una impresión desagradable, como la que se experimenta á vista de un reptil, despreciable, pero que puede ocasionar la muerte: al mismo tiempo tuvo un arrebato de indignación, porque se acordó de todo lo que Juan le había contado la última noche que se vieron.

Aquel hombre era el verdugo de su amante y el cazador de su honra. Lo odiaba ylo temía.

Era mujer y supo por consiguiente disimular y dominar su emoción.

— Siéntese usted, dijo la joven con seriedad. Luis se sentó.

— ¿Sabrás ya, dijo entonces, la inmensa desgracia que he sufrido con la muerte de mi padre?

— ¡Cómo lo he de ignorar, cuando por ella estoy padeciendo y he padecido

tamo!

— ¿Tú?

— Sí, yo.

— ¿Y eso por qué?

— ¡Y me lo preguntáis!... Acaso no sabéis que por ese asesinato, ha sido reducido á prisión Juan, que es inocente.

— ¡Ah! ¿Todavía lo quieres tanto?

— Ahora más que nunca, lo quiero con toda mi alma; daría por él mi vida.Luis ocultó el despecho que le ocasionaba esta frase apasionada.

— ¿Y qué piensas hacer ahora que está preso?

— Sufrir, señor.

— ¿Y si pudieras salvarlo lo salvarías?

— ¿Cómo podéis dudarlo?

— Pues bien, su salvación está en tus manos.

— ¡En mis manos! ¿Y cómo así?

— Tú sabrás que va á ser condenado á muerte.

— ¿A muerte? no, eso sería horrible, dijo la joven prorrumpiendo en llanto.

— Pero si quieres yo puedo salvarlo.

— Señor, señor, salvadlo por piedad, dijo Bárbara, olvidando todas sus ofensas, cayendo de rodillas ante Luis.

— Sí, yo lo salvaré, dijo el joven.

— Gracias, gracias, murmuró ella tomándole la manó.

— Pero eso depende de ti.

— ¿De mí?

— Sí.

— ¿Y cómo?

— Amándome, dijo el joven, y se atrevió á decirle algo más.

— ¡Ah! nunca, dijo la joven levantándose indignada. Sois un villano que insultáis mi dolor y queréis explotar mi desgracia. ¡Ah! ¡Qué malo sois! dijo, y se cubrió el rostro con la mano.

Luis se abalanzó hacia ella y quiso abrazarla.

— Apartaos, dijo la joven, no me toquéis porque aunque soy mujer sabré defenderme.

— Pues bien, sea, dijo Luis con cólera, tú lo quieres, y morirá, pero ten presente que tú has podido salvarlo y lo matas.

— ¡No, yo no, Dios mío! Pero no seáis tan cruel, volvió á decirle suplicando ¿por qué nos perseguís? ¿Qué mal os hemos hecho? Vos sois joven, rico, podéis comprar ó conseguir el amor de muchas mujeres; dejad al esclavo infeliz su única felicidad. Haced una buena acción; salvadle la vida. Hacedlo por vuestra madre, señor.

— No seas tonta, dijo Luis: no perdamos tiempo ¿quieres salvarlo á precio de lo que te he dicho?

— ¡No, á ese precio, jamás!

— Pues bien, entonces morirá, tenlo entendido, morirá porque yo lo quiero.

— Bien, dijo Bárbara, sois un cobarde. Habéis perseguido toda la vida á un hombre superior á vos, pero á quien la injusticia ha puesto bajo vuestras plantas; os habéis complacido en vejarlo porque este hombre no podía poner su mano sobre vuestro rostro, ni cruzarlo con un látigo como lo merecéis. Id, acabad vuestra obra, matadlo.

Bárbara estaba exaltada, furiosa.

Luis rompió en una carcajada, estridente, nerviosa, convulsa, que horrorizó á Bárbara. La joven tembló, quizá había sido demasiado fuerte. Tal vez no era conveniente herir así á aquel hombre.

— Bien, dijo Luis, no sólo morirá ese mulato miserable á quien tanto quieres, sino que tú también irás á la cárcel.

— ¡Yo!... ¿Y por qué?

— Porque aparecerás como su cómplice, pues él estuvo aquí después del asesinato. Un agente de policía lo vio aquí.

— ¡Ah! Tened compasión de mí, compasión de este niño, por piedad, señor, dijola joven cayendo otra vez de rodillas y cruzando las manos ante su verdugo.

La hiena aquella lejos de conmoverse creyó logrado su objeto, y ciñendo el talle de Bárbara quiso imprimir los labios en su rostro.

Un golpe seco se escuchó en el aposento...

Bárbara había puesto su mano en el rostro de

Luis.El se levantó furioso, ella pálida.

Él era la indignación del crimen, ella, la indignación de la virtud.

El joven levantó el bastón sobre ella y quiso descargarlo.

— ¡Qué valiente sois! dijo Bárbara con ironía y repletos de lágrimas los ojos. Pero tened entendido que yo sabré defenderme. Salid de aquí ó llamaré un agente de policía. Y extendió la mano hacía la puerta.

Luis, humillado, abandonó la

casa.Bárbara quedó en pie.

Al verse sola, se sentó sobre su lecho y se puso á llorar amargamente.

— ¡Dios mío, Dios mío! clamó la joven, tened compasión de mí.

La puerta se abrió y Dios, representado por un anciano sacerdote, se mostró en el

dintel.

La caridad y la desgracia se

encontraron.La claridad penetraba en la

sombra...

CAPÍTULO IX

PEQUENEZ Y GRANDEZA.

Hay en la virtud un resplandor secreto que ilumina el alma y un fulgor apacible, que se esparce en torno de los seres buenos.

La virtud es fe y da valor, es esperanza y consuela, es caridad y enjuga el llanto.

He aquí por qué hubo una especie de claridad desconocida y un rayo de consuelo, á la aparición del Padre Iragua en aquella morada de dolor.

El anciano avanzó poco á poco hasta colocarse frente á la joven que permanecía absorta, y allí la contempló en silencio con mezcla de interés y de piedad.

Y á fe que estaba hermosa así, con el cabello flotando sobre la espalda, el rostro pálido, los ojos languidecidos por el llanto y el insomnio, y el traje descuidado dejando adivinar sus formas estatuarias. Pero no era la hermosura del cuerpo la que contemplaban los castos ojos del anciano levita, sino la hermosura de aquella alma que se reflejaba en su rostro, embellecido por los tintes melancólicos del martirio. Cuarenta años de ministerio le habrían enseñado á conocer y sondear las almas, al través de ese abismo que se llama la mirada.

— Buenos días, hija, dijo el sacerdote.

Bárbara alzó indolentemente la cabeza, y al ver al padre se puso de pie, entre avergonzada y confusa.

— Buenos días. Padre, respondió, tratando de hacer asomar á sus labios una sonrisa, que sólo se tornó en una contracción fría y triste como el rayo del día en una mañana de invierno.

— Sentaos, añadió la joven, colocando una silla cerca del Padre.

— Hija mía, dijo éste, he venido porque deseaba conoceros desde ayer que hablécon Juan.

— ¿Hablasteis con él? ¿Qué dice, Padre mío? ¿Cómo está?

— El pobre está muy triste y piensa mucho en ti.

— ¡Ah! cómo ha caído la desgracia entre nosotros. ¿Si supierais cuánto hemos sufrido?

— Lo sé, hija mía, lo sé, pero Dios se apiadará de vosotros. Ya he empezado á trabajar por él y abrigo la esperanza de salvarlo.

— ¡Cuán bueno sois, Padre mío! ¡Cuan cierto es que Dios no abandona á los pobres y á los desgraciados! El os ha puesto á vos como protector, cerca de aquel hombre que está rodeado de verdugos.

— He hablado con un abogado que está trabajando ya muy activamente, hablaré con los jueces y...

— Sí, dijo Bárbara interrumpiendo, hablad con ellos, señor. Vos sabréis bien quees inocente cuando os interesáis por él.

— Sí, me consta su inocencia.

— Entonces hacedla palpable, señor; si vos habláis, si dais las pruebas de su inocencia, se salvará, nadie se atreverá á herirlo.

— Es que no las tengo, hija mía, dijo el sacerdote ocultando su turbación.

— Entonces ¿cómo sabéis su inocencia?

— No me preguntes más. Bástate saber que me intereso por él y por ti; que como te decía ahora, pienso hablar con el juez y luego con Luis, el hijo de don Joaquín, para interesarlos en nuestro favor.

— ¡Con Luis!... ¡ah! no, señor, no hagáis tal cosa, porque será en vano.

— ¿Por qué?

— Porque él es la causa de todas nuestras desgracias. Nos odia horriblemente.

— Y ¿no lo acabo de ver salir de aquí?

— Sí, Padre, pero se fue furioso.

— ¿Y eso por qué?

La joven refirió entonces al anciano todo lo ocurrido con Luis: el amor que decía sentir por ella, su odio por Juan desde muchachos, sus persecuciones, sus crueldades, y por último la violenta escena que acababa de tener lugar.

— ¡Pérfido! exclamó el padre, abusar así de la impotencia en que está un hombre para herirlo, y de la debilidad de una mujer. Habéis hecho muy bien, hija mía, en resistir. ¿Para qué ir á salvarlo por medio de la infamia? Á un hombre que se ama no se le da la vida en cambio del honor. Dios vela por ti y por él, y obtendremos su salvación sin tu vergüenza.

— Sí, Padre mío, á ese precio no lo hubiera yo salvado nunca. Él me habría despreciado después, y yo lo prefiero todo á la felicidad de ser digna de él.

— Grande alma, gran corazón, gran virtud, dijo el padre para sí. Y esta perla se crió en el fango, esta estrella ha vivido en k sombra ¿quién enseñó á esta mujer á amar así y á ser fiel á un ser querido? ¡Dios mío! tu mirada alumbra lo mismo el fondo que la superficie de ese mar revuelto que se llama humanidad. La virtud no es patrimonio de ninguna clase social, ni de ninguna secta, la virtud es tu espíritu, Señor, y lo esparces sobre el mundo.

— Bien hija, ¿tú amas mucho á Juan?

— Mucho, mucho, señor, y si no nos hemos unido es porque su triste condición de esclavo se lo impide, pero yo trabajaba para ver de ahorrar algo y comprar su libertad.

— Noble mujer. No te afanes, si logramos salvarlo, yo lo compraré á los herederos de don Joaquín y lo haré libre para que sea tu esposo.

Un rayo de felicidad lució en la frente de Bárbara, hasta entonces nublada, ysonrió de placer: está visto, la esperanza no se pierde sino con la vida.

— Libre él, libre mi hijo. Padre, vedlo cuan bello, dijo la joven con maternal orgullo, alzando la cortina que cubría la cuna del niño.

El anciano se inclinó para contemplarlo.

En aquel momento se oyó un gran ruido de gentes que llegaban, y la puerta seabrió con estrépito.

La joven dio un grito.

Allí estaban los gendarmes.

— Seguid con nosotros, dijo el jefe á Bárbara con imperio.

— ¿Yo? Pero ¿por qué? dijo ella, trémula y asustada como un niño.

— Porque lo manda la autoridad.

— ¿Y qué he hecho yo?

— No lo sé, pero seguidnos, que no he venido á perder

tiempo.La joven prorrumpió á llorar.

— Vamos, vamos, dijo el gendarme, no hay que llorar sino que apurar.

— ¡Yo á la cárcel!... exclamó Bárbara con desesperación, y se dejó caer sentadasobre el lecho, hundiendo su frente en la almohada.

— Vamos, dijo el jefe, asiéndola de un brazo con mano

brutal.La joven se puso de pie.

— Socorredme, Padre, socorredme, gritó, yendo á refugiarse detrás del sacerdote, pálida y temblando como una cierva á presencia de la jauría.

— Soltadla, dijo el sacerdote indignado.

— ¡Ay! que me hacéis mal, gritó Bárbara, sintiendo la fuerza con que aquel hombre la apretaba.

— Soltadla, dijo el anciano, rojo de indignación y apartando con sus, manos ya temblorosas y sexagenarias, la mano brutal de aquel hombre, del brazo delicado de la joven, sobre el cual quedó una mancha roja.

— Esta joven irá, pero con un solo gendarme y yo haré saber á la autoridad la manera salvaje con que procedéis, para la aprehensión de las personas que se os manda conducir á presencia de los jueces. Vosotros que debierais ser la garantía de la sociedad sois la amenaza.

Los gendarmes callaron.

— Ve, hija mía, dijo con cariño á Bárbara, no os asustéis, no es á la cárcel que vais, sino al juzgado á rendir una declaración, y ya estaréis de vuelta.

— ¡Y mi hijo!... En este grito se concentró toda el alma de la madre.

— Yo velaré por él, yo os esperaré aquí, dijo el Padre, para inspirarle más confianza.

— ¡Ah! Padre, Padre, no me dejéis llevar, gritaba la joven, llorando amargamente.

— Vete, vete, hija, y no te asustes, decía el sacerdote, que, sin apercibirse, lloraba también.

Y tomando un manto que estaba sobre el lecho lo dio á Bárbara, diciéndole:

— Vete, con eso estarás de vuelta antes que despierte el

niño.La madre quiso lanzarse hacia la cuna.

— No lo despiertes, lloraría y yo no puedo hacerlo dormir.

Este ardid infundió confianza á la joven que creyó iría sólo al juzgado pararendir su declaración y volver pronto.

— Padre, no lo abandonéis, dijo la joven señalando la cuna. Luego se cubrió la cabeza con el manto y salió dando un gemido desgarrador.

El sacerdote quedó solo, de pie en medio del aposento. Después tomó una silla y se sentó, abrió su breviario y se puso á rezar.

Las sombras de la tarde empezaron á caer, y Bárbara no volvía. El sacerdote comprendió que había sido llevada á la cárcel.

Luis se vengaba.

El sacerdote estaba asombrado. Tanta maldad le parecía imposible.

Las almas buenas no alcanzan á comprender la perversidad llevada á cierto extremo.

Cuando se hizo completamente de noche, el sacerdote se puso á pensar que estaba solo, no había á quien llamar y no quería imponer á nadie de lo que iba á hacer.

La verdadera caridad no quiere tener más testigo que Dios.

El Padre se inclinó sobre la cuna del niño que dormía aún, lo tomó un poco torpemente como quien no está acostumbrado á estas cosas, el niño despertó y rompió á llorar; el sacerdote entonces se sentó á la orilla de la cama y se puso á arrullarlo como sólo lo hubiera hecho una madre.

¡Oh! ¡Sublime heroísmo de la caridad! ¡Sublime sencillez de la virtud!

Cuando el niño estuvo dormido, el sacerdote lo cubrió cuidadosamente bajo su manteo, cerró la puerta y con su ligera carga, demasiado pesada para su edad, se puso encamino.

La noche estaba muy oscura y el anciano tropezaba; entonces no temía caerse por él, sino por el niño, y lo estrechaba como si temiese que despertara ó pudiese caerde sus brazos desfallecientes.

El sudor le inundaba el rostro, estaba rendido, buscó una calle bien oscura y se detuvo un momento con su preciosa carga en el portal de una casa. Allí descansó un rato y siguió su marcha. Dios le daba aliento y la sombra de Vicente de Paúl parecía precederlo.

Cuando llegó á su casa, su hermana, única compañera en su soledad, lo esperaba.

— Pero hermano, qué es esto, dijo al verlo entrar con un bulto bajo el manteo.

— Un niño, dijo penetrando en la sala.

— ¿Un niño? exclamó la señora.

— No hables recio, Petra, que lo despiertas, dijo el anciano temeroso y colocando el niño dormido sobre un sofá.

Ambos ancianos se inclinaron á contemplarlo.

— Qué bello es, dijeron.

Había en su contemplación mucha novedad, era un cuadro casi nuevo para ellos.Ninguno de los dos había tenido el placer de la paternidad.

El sacerdote, sólo había tenido en sus brazos los niños que había bautizado; y su hermana, los niños de los pobres que protegía.

El niño había despertado, y los miraba como sorprendido.Los dos ancianos sonreían.

Eran el pasado contemplando el porvenir.

Dos estrellas que se ocultaban, mirando un sol que nacía.

El niño, bajo aquellas dos cabezas blancas, parecía un lirio escondido bajo doslampos de nieve.

Dos sombras moribundas en el ocaso, mirando alzarse el sol en el oriente.

Sublime contemplación.

Dos cabezas de justos, contemplando el cielo en las pupilas de un ángel.

CAPÍTULO X

LA CONCIENCIA

¡Oh! ¡Qué abismo tan profundo es una conciencia criminal!

¡Cómo se apodera de ella el horror!

¡Qué inmensidad de sombras, allí donde no reina el astro de la virtud!

¡Qué batallas!

No han podido decir verdad los que sostienen que la conciencia calla en ciertoscriminales empedernidos.

La conciencia es la voz de Dios y no calla jamás.

Ella suena siempre con un estridor pavoroso en el fondo de aquellas almascriminales.

Hay en la mente de las perversas tempestades más aterradoras que las tempestades del desierto.

Allí hay un duelo permanente entre el remordimiento y el alma, sin más testigo que Dios.

Aquél se arroja sobre ésta, la oprime, la desgarra y se unen los rugidos de la fieraá los ayes dolientes de la víctima.

El cinismo de la desesperación suele trocar en carcajadas estos ayes. Pero nocreáis en esa risa histérica, que bien vista, es más desgarradora que un gemido.

Cuando estos infelices se sienten ahogar por el turbión de su conciencia agitada,prorrumpen á veces á reír, como para ahogar así los ayes de su alma.

Pero hay en ellos momentos de un silencio aterrador.Entonces son reos ante el tribunal.

Qué horrible será tener que bajar la frente ante su propia conciencia.

Avergonzarse de sí mismo debe ser la peor de las afrentas.

La tranquilidad de la conciencia es el primer elemento de la felicidad.

¡Qué amigo tan cariñoso es una conciencia pura!

Cuando perseguidos por las injusticias de los hombres, amenazados por la bajeza, calumniados por la perfidia, sintiendo afuera el ruido de las muchedumbres exaltadas y los insultos que nos lanzan, entramos silenciosos á un aposento, es tan dulce al hallarnos solos, ver que la conciencia nos alienta desde el fondo del alma y nos mira cariñosa! Es tan dulce dormir en el seno de una conciencia así, como es bello atraer sobre nosotros tempestades y persecuciones por el cumplimiento de los grandes deberes y el amor á los grandes ideales.

La conciencia sin mancha da valor.

Un criminal no podrá ser nunca un héroe. Podrá hacerse matar por desesperación, pero nada más.

Luis estaba en este momento solo, frente á frente de su conciencia.

Había triunfado de dos infelices y estaba orgulloso de tan triste triunfo.

Los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza en las manos, meditaba, hablando consigo mismo.

Oigamos su monólogo:

“He vencido, decía, me he vengado de ese esclavo insolente y de esa mujer altiva.

Ambos están presos.

Me dicen que ella lloraba horriblemente, cuando fue llevada del tribunal á la cárcel; que protestó de su inocencia y la de Juan, con tal vehemencia que conmovió á los jueces; que me culpó á mide querer ser el asesino de su amante; y que se agarraba á la mesa del juez, suplicante y de rodillas, cuando los gendarmes la arrastraban á la prisión. Dicen que llamaba á su hijo á gritos, en el tribunal y en la cárcel, que á veces, se ponía furiosa como una tigre, y otras mansa como una oveja, que no quería entrar al calabozo y se resistió de tal modo, que la maltrataron para poder encerrarla y todavía trepada hasta la reja de su celda, llamando á su hijo como loca y apostrofando á sus verdugos, hasta que cayó sin sentido sobre las baldosas ; después, dicen que se ha resistido á pasar alimento, hasta que le lleven su hijo.

Juan, dicen que está como un idiota, tétrico y sombrío, ese esclavo ha sido siempre muy altivo, no habla en la prisión más que con el clérigo Iragua, que se ha declarado protector de estos amantes románticos, y enemigo mío.»

Aquí el joven hizo una pausa.

Luego, como si leyera en lo más profundo de su alma, dijo:

“¡Y sin embargo, la amo! Sí, el ama cuanto puede amarse á una mujer. ¡Qué desgracia la mía, he nacido rico, noble, considerado y tengo mi suerte pendiente de una mujer pobre y plebeya que no me ama y que me llevará hasta el crimen! ¿Por qué tengo yo estos instintos y estas aspiraciones tan bajas? ¿Serán vicios de la educación? Mi padre era un hombre honrado y virtuoso, pero yo perdí á mi madre siendo niño y acaso me faltó esta educación del corazón que sólo dan las madres. Dicen que la venganza es el placer de los dioses, y yo debo tener algo de esos dioses paganos, porque la amo mucho, ¡ay! pero empiezo á comprender que es una copa que lleva la miel en la superficie y la hiel en el fondo”.

Y luego con una tristeza infinita, como la del viajero que mira los horizontes de su patria, perdidos para siempre, exclamó:

“¡Ay! ¡Cómo brotan á mi imaginación los recuerdos de aquellos días! ¡Qué grata placidez derraman en el alma! ¡Cuán bellos horizontes se abren á mi vista! Me parece ver aún en la llanura, alzarse el sol, levantando su frente de entre las olas azules del lago, ó declinar al silencio de la tarde, acompañado del silencio imponente de la naturaleza. Me parece que vuelvo á vivir como entonces, á correr tras los terneros, con aquel esclavo entonces mi compañero, hoy mi rival, ó á penetrar en los bosques ala hora del crepúsculo en busca de las palomas para cazarlas. ¡Ay! parece que aun aspiro la fragancia de aquellos campos, el aroma de aquellas flores. Azules campanillas, silvestres margaritas y anémonas salvajes, ¿para quién os cogía yo? ¿Para quién formaba ramilletes y los colmaba de besos? para ella, ¡Oh! sí, me parece que aun la veo esperando nuestra llegada, á la puerta del Hato, ansiosa y sonriente, y la candidez de la edad me hacía creer que fuera por mí. Aceptaba mis ramos, pero después los veía yo, con descuido sobre una mesa ó caídos en el patio. En cambio, siempre adornaban sus cabellos negros, el clavel rojo ó el geranio blanco que el esclavo le llevaba. Recuerdo que una vez le regalé una mirla blanca y la dejó ir, y vivía acariciando un cardenal que Juan había cogido en una trampa, expresamente para ella. ¡Ay! después supe toda la realidad. Yo los hallé conversando á la orilla de la fuente, aquella tarde siniestra para mí, oí toda su plática y sus juramentos que me partían el alma, hasta que Juan la besó; entonces no pude contenerme, salté sobre el esclavo y lo castigué en su presencia. Me parece oír aún el grito que lanzó, y creo sentir el fuego de sus ojos indignados. Desde aquel día huyó ella de mí, como huyeron mi sueño y mi felicidad. Después se fue de la casa, rechazó abiertamente mis proposiciones y me confesó que amaba á Juan. Mi odio por aquel esclavo insolente ha aumentado por días. ¡Ah! con qué placer lo vi castigar de

mi padre, que tenía predilección por él; ¡con qué inmensa satisfacción lo vi en el cepo! La misma muerte de de mi padre me ha sido menos dolorosa, porque por ella este hombre odiado ha caído en mi poder. Yo tengo conciencia que es inocente, pero tengo necesidad de librarme de él. Gracias á que hay pena de muerte, si sólo lo condenaran á presidio sería un peligro para mí, porque podría con el tiempo descubrirse su inocencia. Pero no, yo lo haré condenar al último suplicio, la ley me favorece y lo condena. ¡Yo abriré entre ellos dos el más hondo de los abismos, el de la muerte! ¡Yo me vengaré así de esta mujer altiva, que no sólo me ha despreciado, sino que se ha atrevido á poner su mano en mi rostro! Y sin embargo, quisiera que no se hubiera borrado la huella de aquelgolpe, para conservar algo de ella sobre mí.

¡Qué horrible es mi tortura: los celos, el despecho, la venganza, me arrebatan en un torbellino vertiginoso, y yo lo que quiero es su amor, Dios mío! Y dobló, llorando, lacabeza sobre la mesa.”

— Sí, llora, desgraciado, llora, dijo una voz detrás de

él.Luis volvió la cabeza avergonzado y sorprendido.

Era el Padre Iragua.

El joven estaba acostumbrado desde niño á respetar á este sacerdote, que era amigo de su padre y á quien estaba habituado á ver siempre en su casa.

— Sí, dijo Luis, después de haber hecho sentar al Padre, lloro porque ya sabéis, señor, que la inmensa pérdida que he tenido no la subsanaré jamás. Un padre tan bueno, tan cariñoso, tan honrado; y al decir esto puso un semblante compungido, y se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar su llanto.

— Es verdad, dijo el Padre Iragua, era un hombre muy bueno, por eso tú no pareces su hijo.

— Pero, señor

— Sí, déjate de fingir conmigo, que ya estoy viejo para comedias y he venido á decirte que tu conducta es vergonzosa, ridícula y criminal.

— No sé de qué me habláis.

— Demasiado sabes que te hablo de tu proceder con Juan.

— ¡Ah! ¿De manera, señor, que os parece ridículo, vergonzoso y criminal, que un hijo pida el castigo del matador de su padre? dijo Luis tomando un aire de seriedad estudiado.

— No, señor cómico, dijo el Padre, lo que me parece ridículo, vergonzoso y criminal, es que ese hijo, sabiendo muy bien que el supuesto matador no es realmente el reo, se encarnice cobardemente en él, por vengar ridículas rivalidades y guiado por el despecho que le inspira una mujer humilde, pero mil veces superior á él.

Luis se mordió los labios.

— No os comprendo, dijo.

— Demasiado me comprendes, respondió el anciano con una irascibilidad propia de sus años y muy natural frente á la audacia de Luis. Sí, me comprendes demasiado, y si no, bueno es que sepáis que nada ignoro; que sé de dónde proviene tu odio á Juan, y que sé tu amor por Bárbara.

— ¿Qué Bárbara?

— Aquella sirviente humilde, que ha despreciado las galanterías y generosos ofrecimientos del noble caballero don Luis de N...

— ¿Míos?

— Sí, tuyos.

— No sé qué mujer sea ésa.

— Pues yo sí lo sé. Es aquella mujer que ha despreciado tu amor. Por último, como creo que no han sido muchas las que habrán hecho lo mismo, os daré una señal inequívoca, aquélla que te abofeteó.

— ¡Padre! dijo el joven, trémulo de ira.

El anciano comprendió que era necesario dominar así la insolencia de aquel hombre, para obtener lo que deseaba.

— ¿Ya recuerdas? le dijo con sarcasmo.

— ¿Y cómo sabéis?

— Eso es cuenta mía.

— Y bien, ¿á qué conduce todo eso, qué es lo que queréis?

— Que te contentes con lo que has hecho, que dejes de emplear tu dinero y tus influencias en perseguir á ese pobre esclavo, y que antes, si eres cristiano, lo protejas. Es necesario que pidas su vida.

— Jamás, señor, es el asesino de mi padre.

— No lo es, tú lo sabes.

— El joven calló.

— Luis, dijo el anciano un tanto más calmado, vuelve en ti, acuérdate de tu madre, que llorará en la eternidad al verte convertido en un asesino. Piensa, hijo mío, que tras de las venganzas de los hombres está la justicia de Dios.

— Bien, padre, y ¿qué es lo que queréis que haga?

— Que ceses de perseguir con tus influencias á esos desgraciados y que solicites, si Juan es condenado á muerte, la conmutación de su pena que te será concedida.

— Bien, Padre, yo haré cuanto de mí dependa, os lo prometo.

— Pero ¿qué me prometes?

— Que haré lo que pueda en este asunto.

— Bien, —dijo el anciano poniéndose de pie.

— Que Dios te inspire. Él quiere apartarte del mal camino y te evita el precipicio.

Si oyes la voz de Dios, —dijo el sacerdote, señalando el cielo, serás feliz, si no, —dijo dando á su voz un acento terrible, la justicia de Él caiga sobre tu cabeza; y extendía hacia él su mano temblorosa.

— Padre, Padre, no me maldigáis, exclamó el joven temblando; pero era tarde, elsacerdote había abandonado el aposento.

La lucha fue corta en el alma de Luis, bien pronto vino la reacción.

Ah! aunque me arruine, aunque sucumbí en la lucha, me vengaré de ellos, y de este clérigo también. ¡Ah! me ha insultado, me ha amenazado y casi me ha maldecido.

¿Quieres lucha, anciano caprichoso y fatuo? pues bien, influencia contra influencia y capital contra capital. Lucharemos, señor presbítero. El duelo es á muerte y diremos como el Galo:

¡Ay de los vencidos!...

CAPÍTULO XI

LAS VICTIMAS

La fuerza del dolor disminuye su duración.

La prolongación de una sensación de placer ó de dolor, demasiado fuerte, mataría.

El placer deslumbra y el dolor ofusca.

Hay en el ofuscamiento del dolor un último grado que llega á rayar en la insensibilidad, en el idiotismo. Semejante á esos ciegos, cuyas pupilas serenas, claras, sin mancha alguna, no ven nada, el alma como hipnotizada, ve el dolor y no lo siente.

De allí ó se retrocede á la realidad espantosa del dolor, ó se avanza una línea más, y se cae en la locura.

Ola reacción ó el delirio.

Alternativa entre dos

abismos.

Bárbara había recorrido toda la escala del dolor, desde la desesperación hasta el

delirio.

Cuando se convenció que iba á la cárcel, tuvo primero, terror, sentimiento de debilidad inherente á su sexo, después lloró y quiso inspirar lástima, habló de su inocencia y no fue oída.

Arrastrada á la prisión se resistió y llegando á la puerta del calabozo, libró un verdadero combate. Una tigresa acorralada, apenas podía comparársele. Temblando como epiléptica, torvos los ojos, el cabello desgreñado, roto el vestido, luchaba con cuantos se le acercaban. ¡Cómo imaginar que aquélla fuera la dulce y apacible Bárbara de otros días! Pero es peculiaridad de los caracteres nobles erguirse ante el infortunio: elvalor es el complemento de la grandeza.

Agarrotada y á la fuerza fue lanzada al calabozo. Entonces lanzó no un grito sino un rugido formidable. Se abalanzó á la puerta y sacando fuerzas de su debilidad, logró alcanzar los barrotes de la reja y asomando su cabeza angustiada y sombría, como la de una loca, ora apostrofaba vivamente á sus verdugos, ora suplicaba y lloraba como un niño, pero siempre clamando con acento desgarrador:

¡Mi hijo, mi hijo, que me traigan á mi hijo!

Al fin vencida por tan violenta lucha, desvanecida y sin fuerzas, sintió que sus manos dejaban escapar la reja, que todo huía ante ella, y cayó duramente dando el rostrocontra el suelo. Así permaneció, privada de sentido más de dos horas.

Cuando volvió en sí, era completamente de noche. El calabozo estaba oscuro. Trató de reconocer dónde estaba, pero no veía nada. Las sombras de su alma se unían, al asomar á sus pupilas, con las sombras de su aposento. ¡Terrible unión de las tinieblas!

Tendió los brazos en rededor, sólo halló debajo de ella las baldosas frías, en vez de su lecho acostumbrado, á poca distancia, el muro, cerca la puerta, al pie de la cual había caído.

Pareció recordar y dio un grito ahogado.

Después como quien duda si está despierto ó soñando, se pasó las manos por los ojos y miró: no vio más que sombras.

Entonces se puso á recordar.

Poco á poco las vaguedades fueron tomando contornos en su imaginación, los recuerdos imperfectos fueron tomando forma, y la espantosa realidad descarnada y tristese alzó ante ella.

¡Estaba presa!

Volvió el dolor á apoderarse de su alma, pero ya no tenía fuerzas para una lucha muy larga.

A la desesperación sucedió el asombro, á éste el abatimiento, y luego una atonía profunda, sombría y aterradora...

Sentada contra el muro, los brazos caídos á lo largo y la cabeza inclinada sobreel pecho, permaneció la joven largas horas.

Cuando levantó la cabeza, sintió como una claridad extraña sobre ella; entonces se fijó.

En el muro de enfrente había una estrechísima ventana por la cual se entreveía un pedazo de cielo y en él lucía una estrella.

El resplandor del astro penetraba en la prisión y caía sobre la frente de Bárbara.

La pobre joven que tenía miedo á la oscuridad, sintió un gran consuelo y creyó ver un amigo cariñoso en aquel lucero melancólico. Alzó los ojos y clavó en él la mirada entristecida. Al penetrar el rayo de la estrella á través de las pupilas de la prisionera, hubo como un coloquio ininteligible.

El alma de Bárbara era luz y la estrella también. Hubo el beso de dos astros en laprisión.

Era el contraste de la luz, bajando al seno oscuro de una sombra. La mirada de lo infinito en lo finito. El resplandor reflejándose sobre el horror. Lo luminoso en lo espantoso. Lo apacible sobre lo terrible. Lo bello cayendo sobre lo monstruoso. Lo inmutable contemplando lo abominable. La viajera del espacio contemplando á la prisionera de la tierra. Una estrella y una mujer son dos hermanas. La una es la belleza del cielo, y la otra la belleza de la tierra.

La estrella parecía mirar á la joven.

Bárbara entabló entonces uno que ella hubiera querido que fuese diálogo y que la mudez del astro convirtió en monólogo, que es el consuelo de los presos y de los desgraciados.

— ¡Qué bella eres! decía la joven. Tú, luciendo en el espacio, eres un rayo de la mirada de Dios que cae sobre mí. Si Dios me ve, ¿por qué me desampara? ¿Por qué la justicia de Dios permite semejante injusticia de los hombres?

Al eco de esa queja despertaron sus dolores y pensó en Juan y en su hijo.

Allí, quizá á pocos metros, en la misma ala de ese edificio lúgubre, privado como ella de su libertad y sobre las mismas baldosas frías y húmedas, reposaba el hombre tan querido para ella.

— ¡Quién fuera, dijo, quién fuera un rayo de tu luz, para penetrar por la reja de su prisión y posarme sobre su frente, como una mariposa blanca pliega las alas sobre el tallo de un lirio, en la montaña! ¡Cómo bajara sobre sus labios, para morir allí, apagándome sobre ellos, ó en sólo un beso arrebatarle el alma y volar con ella á lo infinito, dejando á sus verdugos el cuerpo que anhelan despedazar! ¡Cómo cayera sobre la cuna de mi hijo abandonado!

— Juan mío, hijo mío —gritó la joven con desesperación.Una nube pasó en aquel momento entre la estrella y ella.

— Hasta su luz, hasta su luz me quitan —dijo.

Y después, con una fijeza que casi era extravío, volvió á contemplar la estrella.

Tenía miedo á las sombras y no quería fijarse en el calabozo.

Muchas horas permaneció así. De súbito vio que el cielo se aclaraba y la estrella palidecía. Tembló al ver desaparecer el astro, como si viese morir á un amigo. Miró con miedo en torno suyo y vio algo de claridad: era la aurora.

Amanecía sobre el cielo, y sobre su alma no. Al fin se quedó, no dormida, sino aletargada.

La despertó ya bien tarde un ruido desconocido para ella, era el rechinar de lapuerta que se abría.

La joven se incorporó.

Toda la claridad de un día de primavera penetró en la lobreguez de la prisión.

Pero más luz iba á inundar su alma, porque entraban en la celda una señora de edad y aspecto venerable y distinguida, seguida de dos sirvientes, de las cuales una llevaba un azafate con comida y la otra un niño. Era su hijo.

Bárbara se abalanzó hacia él.

La anciana la contemplaba en silencio.

La joven cubrió de besos la criatura, y lloró de placer. La señora también lloraba.

— Bueno es que comas algo, hija, dijo la señora, haciendo que acercaran á Bárbara el azafate.

Húmedos aún los ojos por el llanto, la joven los clavó en la anciana, ¡Había tantagratitud en aquella mirada!...

— Cuan buena sois, señora, cuando os interesáis así por esta desgraciada. Dios os manda como un consuelo en medio de mi dolor. Nunca os he visto y sin embargo os preocupáis de mí.

— Dios, hija mía, no abandona nunca á sus criaturas.

— Es verdad.

— Él hará que Juan y tú salgáis pronto de esta prisión y seáis felices.

— ¡Ah! ¿Lo sabéis todo?

— Todo.

— ¿Y creéis que salgamos pronto?

— Al menos así lo cree mi hermano.

— ¿Es el abogado?

— No, es el Padre Iragua.

— ¡El Padre Iragua! el protector de Juan, el que me consolaba cuando fueron á traerme presa. El que quedó cuidando á mi hijo.

— Sí, y el que lo llevó á casa.

— ¿Él mismo?

— Sí, él mismo, pero come, hija, come, dijo la señora, arreglando ella misma losplatos á la joven.

Bárbara se puso á comer y la anciana la miraba. Y era bello, á pesar de su tristeza, aquel cuadro. Y era hermosa, á pesar de sus años, esa anciana.

Tenía esa belleza que imprimen la castidad y la virtud, sobre el rostro de la mujer. Sobre su frente habían pasado lósanos pero no las sombras. Sus cabellos habían encanecido al calor de generosos pensamientos. Sus labios habían perdido la frescura sin haber sido ajados por un beso de pasión, y estaban como habituados á murmurar oraciones y á sonreír apaciblemente. Sus ojos, que debían haber sido ardientes y bellísimos, eran tranquilos, hermosos, como un jirón de cielo en una noche de estío. No había en ellos una sombra. Toda ella representaba, no la figura adusta y repugnante dela mujer gazmoña, sino la atractiva y pura de la mujer piadosa.

— ¿Y el padre, dijo la joven, interrumpiendo su comida, no ha ido á ver á Juan?

— Sí, con él está en su calabozo.

— ¿Señora, y creéis que podrá salvarlo?

— Así lo cree él y así lo espero yo, mediante Dios.

— ¡Ah! es una injusticia, dijo la joven, tornando á entristecerse.

— No llores, porque eso te hace mal.

La madre había tomado al niño en los brazos y á poco éste se había dormido.

— Dáselo á la criada, dijo la señora, porque ya nos vamos.

— No, señora, dejádmelo, dijo suplicante Bárbara.

— Imposible.

— Dejádmelo, sería mi consuelo.

— No, hija, el aire de esta prisión lo mataría. Y además hay que llevarlo estatarde á que lo vea Juan.

— Es verdad.

La joven accedió al fin, y se desprendió de su hijo.

La anciana la abrazó, y abandonó el calabozo, no sin enternecerse y prometiendo volver.

Bárbara tornó á quedar sola.

La soledad causa espanto en el infortunio.

Al pasar la anciana por frente al calabozo de Juan, ya su hermano la esperaba.

— ¿Qué os ha dicho? le preguntó el Padre, ¿está ya más consolada?

— Sí, la vista de su hijo la ha fortificado; ¿y Juan?

— Es un hombre de mucho valor, pero la noticia de la prisión de Bárbara lo ha indispuesto notablemente. Culpa con razón á Luis y se exaltó de rabia. Y ¿cómo impedirlo, hermana mía, si es hombre?

— Es verdad.

— El efecto de la noticia se ha neutralizado con la promesa de que vería á su hijo.

Se ha arrojado á mis brazos llorando y cubriéndome de bendiciones.

— Hermano, qué cosa tan bella es hacer el bien, dijo la señora sencillamente.

— Es verdad, hermana.

Y los ancianos se pusieron en marcha, precedidos de la criada que llevaba el niño.

Era la caridad subsanando los errores de la sociedad; la ley de Dios protegiendo las víctimas de la ley del hombre.

Era la sanción divina abrumando á la sanción humana.Era la verdadera justicia, hecha por dos justos.

CAPITULO XII

EN LA LUCHA

El tiempo había pasado con una rapidez vertiginosa.Dos meses habían transcurrido.

Sesenta días de angustia para los que se interesaban en este drama. Sesenta jirones de sombra acumulados sobre las frentes de Juan y de Bárbara.

Días de mortal expectativa, de piadosa lucha, de generoso duelo y crueles alternativas para el padre Iragua.

Sesenta días la venganza luchando con la misericordia; la humanidad disputando un hombre á la autoridad; los asesinos sociales en acecho del presumo asesino particular; la ley en acecho del hombre; el hacha sobre el puñal; el crimen sobre el delito.

Lucha sangrienta y luminosa al mismo tiempo.

Batalla de ángeles y demonios, como las descritas por Milton.El pasado sangriento frente al porvenir radioso.

¡El cadalso frente al derecho!

Es decir, lo mutable frente á lo inmutable; lo perecedero frente á lo eterno; lo atentatorio á lo inviolable; lo atrevido á lo inalienable; lo profano amenazando á lo sagrado; lo sombrío á lo sublime; lo falible, pronto á caer sobre lo irreparable; la justicia que yerra, arrebatando un derecho á la justicia que no yerra; lo humano insultando lo divino; los hombres suplantando á Dios.

Aquel combate y aquellos combatientes estaban bien definidos.Eran dos ideas encarnadas en dos legiones.

El Padre Iragua y el abogado eran la justicia y la misericordia. Luis y los jueces eran la venganza y la afrenta.

Los unos obraban en nombre de la ley divina, los otros en nombre de ley humana.

La luz del porvenir luchaba contra la sombra del pasado. Una ola de lágrimas contra una ola de sangre.

Dos oleajes disputándose un náufrago, el oleaje de la compasión y el oleaje de la pasión.

Los unos lidiadores eran incansables, los otros eran implacables.

¡Caridad sublime! ¡Inexorabilidad feroz!

El presidio era el puerto, el cadalso era el escollo.La fatalidad empujaba la ola.

La barca de los hombres de bien estaba á punto de naufragar.La obra de perdición triunfaba.

Todos los esfuerzos del padre Iragua habían sido inútiles hasta entonces.Juan parecía estar ya irremediablemente perdido.

El abogado había estado sublime, profundo, luminoso. Pero la ley era ciega, implacable, pérfida.

La época era sombría, y los jueces eran de su época.

Era el tiempo en que se creía que la salvación social estaba pendiente del patíbulo, que no podía haber conservación sin la destrucción y que la sociedad para vivir tenía necesidad de matar Había una especie de moralidad-chacal, que se alimentaba de cadáveres.

Después hemos visto la resurrección de esas ideas en alguna parte: como búhos que volasen en pleno día, pero eso es un fenómeno.

En aquella época el fenómeno era lo normal.El crimen era la ley.

La legislación criminal, embrollada, confusa, era una especie de malla. El hombre, pescado en ella, iba á la muerte.

Juan había caído en esa malla.

La ley lo había hallado culpable.

Indicios, pruebas, delaciones oficiosas, declaraciones arrancadas por el temor, por error otras, hasta por dinero algunas, todo había contribuido á perderlo, á abrumarlo,á hundirlo.

La terrible sentencia había caído sobre él.Estaba condenado á muerte. ..

La ley se cernía sobre el hombre.

Especie de *justicia cuervo* aleteando sobre aquel *reo-cadáver.*

No quedaba más que un último recurso, última luz en medio de esas sombras, una última esperanza: el asesor había modificado la sentencia, conmutando la pena, sólo faltaba que el juez, inflexible hasta entonces, aceptara el dictamen y conmutara también.

Era lo que pensaba intentar, en su desesperada situación, el Padre Iragua.

El pobre anciano había empleado en esta lucha de apóstol, todos sus recursos, sus influencias, su energía, y aun no se sentía debilitado. Sólo que á veces, cuando todo parecía perdido, tenía instantes de piadosa indignación, de ira sublime, en que clamaba contra la justicia de los hombres, pero no desconfió nunca de la justicia de Dios.

Doblaba á veces la frente ante las contrariedades, pero volvía á alzarla más confiado, como un árbol que doblado por el huracán alza después su copa más airosa y altiva.

Tenía tempestades de nobilísimo furor, de santa cólera, que disipadas luego,dejaban tendido sobre su alma el arco-iris de la esperanza.

Tenía una fe de niño, y una fuerza moral de héroe.

Un día de aquéllos, el Padre Iragua se paseaba en el jardín de su casa, agitado,nervioso, inquieto. La víspera había dictaminado el asesor.

Era la ocasión decisiva de influir sobre el juez.

¿Influir? ¿Y cómo? por la virtud, por la convicción, por la piedad.

La verdad es luz y debe penetrar en el alma.

Luchar por la verdad y por la justicia, he ahí la grandeza de un combate, la fuerza que hace gigantes á los combatientes pequeños.

El Padre Iragua se aprestaba á esta
lucha.La ola se preparaba contra la
roca.

El sacerdote iba á implorar al juez.

Del encuentro de aquellas dos fuerzas resultaría ó una salvación ó un
naufragio.

Al separarse aquella ola arrastraría flotando sobre ella, un náufrago ó un cadáver.

¡Terrible repulsión! ¡Temible encuentro!

La liga de las virtudes frente á la coalición de las
pasiones.Era un duelo del cual dependía una vida.

He ahí por qué estaba tan preocupado el Padre Iragua.

¡Y la mañana era espléndida!

Torrentes de luz sobre los cielos, efluvios misteriosos en el campo, perfumes en las plantas y en las flores, murmullos en las palmas quejumbrosas, rumores en las brisasviajadoras, y gemidos dolientes de las olas que venían á morir sobre la playa.

El Padre estaba absorto en medio de aquella naturaleza voluptuosa.

Las palomas amantes que arrullaban, preludiando escondidas sus amores; las aves que en las palmas se mecían enlazados los picos y las alas; las flores que temblando se acercaban juntando con la brisa sus corolas, todo aquel inmenso idilio del amor universal nada decía á aquella alma, tocada sólo del amor divino, á aquel sublime enamorado de esa diosa llamada la virtud.

Su castidad era una roca y la pasión un mar, estaba ya tan alto, que ni el oleaje lelamía las plantas.

¡Divino solitario de la vida! ¡Aislamiento feliz de la virtud!

Inclinada la frente y pensativo, besando el aire sus cabellos blancos, ondulando su negra vestidura, meditaba el anciano sacerdote, mientras al pie, tendido entre las flores, jugueteaba el hijo del esclavo.

Los arbustos parecían inclinarse sobre el niño para refrescarlo en balanceo continuo, las palmeras lo protegían del sol, y las flores parecían acercarse para besarlo, con la sublime atracción de la inocencia.

El niño exhaló una especie de queja, de palabra trunca, inarticulada, que hizo volver al anciano la cabeza para mirarlo.

El niño sonreía. Imposible resistir á la sonrisa de un niño. El Padre Iragua se inclinó sobre él, lo besó en la frente y lo tomó en sus manos temblorosas. Luego se puso á pasear con él. De vez en cuando, acercaba su rostro al rostro del niño, y entonces éste

metía sus manecitas en el blanco cabello del anciano y lo asía de él, como si quisiese apartar con su ademán inocente, el polvo de los años de la cabeza de su protector; entonces reía el Padre y reía el niño. ¡Qué raro concierto formaba el eco dé esas risas! La una era severa y la otra alegre; la una cascada y temblorosa, la otra fresca, casi imperceptible; la una parecía apagarse ya en el fondo de una tumba, la otra se veía bien que salía de una cuna; la una era rumorosa, la otra bulliciosa; la una tenía notas tristes y profundas, la otra era clara aunque ininteligible, parecía el gorjeo de un pájaro. ¡Ay! era que el uno reía en el borde del sepulcro, y el otro en la puerta de la vida.

La mirada de aquel niño era una aurora sobre aquella frente.

Así los encontró el Doctor, que penetró al jardín sin ser sentido, y avanzó hasta colocarse cerca de aquel grupo, que contempló emocionado; y se conmovió al ver aquella alba y aquella tarde que se besaban.

El ruido de las hojas, que el Doctor hollaba al caminar, hizo volver la vista al Padre Iragua.

— ¡Ah! ¿Sois vos, mi querido Doctor? dijo, poniéndose instantáneamente serio, porque toda la gravedad de la situación volvió á representársele. ¿Qué habéis hecho?

¿Habéis logrado algo? dijo, después de entregar el niño á su hermana y sentarse en un banco al lado del Doctor.

— No, dijo éste, he hablado con el juez. Es inexorable. Dice que su sentencia está arreglada á la ley, y que no puede conformarse al dictamen del asesor.

— ¡Qué corazón! Estos hombres de la ley se petrifican. ¿Qué creéis que debemos hacer?

—El único medio será que vos le habléis.

— Ya lo había pensado.

— Y si eso fracasa...

— ¿Qué haremos?

— Tratar de facilitarle la evasión.

— ¡La evasión!... eso es muy arriesgado.

— ¿Y dejaremos que perezca? ¿Lo dejaremos sacrificar injustamente? Ya que nos hemos empeñado en este combate, llevémoslo hasta el fin. Luchemos, sí, luchemos, Padre, que Dios está Con nosotros.

— Bien, esta noche hablaré al Juez, dijo el sacerdote, después de haber meditado un momento. Imploraré el auxilio divino para hacer descender sobre aquella alma una convicción salvadora. Le argumentaré, le rogaré y si es preciso le suplicaré en nombre de Dios la vida de aquel hombre. Le hablaré como amigo, y como sacerdote. Y, si á pesar de eso no conseguimos nada, entonces es preciso pensar en otra cosa. Es necesariolibrarlo de cualquier manera.

— Sí, Padre,

— Entretanto, yo no desconfío. Dios no puede abandonarnos. ¡El gran crimen no puede consumarse! ¡No, Dios mío! dijo, levantando al cielo sus ojos húmedos de lágrimas. Tú no permitirás que esta inmensa injusticia se realice, que estos ciegos hieran así aun inocente; que en tu nombre y en nombre de la moral se asesine. No, no permitirás, Señor, que la ley de los hombres viole tu suprema ley. Tú has dicho al hombre como á la sociedad: “no matarás”. Una ley que mata es una ley asesina; pero

¡una ley que lo hace en tu nombre es una ley impía! Los hombres manchados de sangre hasta la frente quieren arrojarla sobre ti. ¡Insensatos! Buscan en tu ley la excusa de su crimen. ¡Ilumínalos, Señor!...

Había en su voz un acento indignado, triste y profético á la

vez.El Doctor callaba.

— Bien, dijo el Padre, ¿está resuelto así? ¿volveréis mañana?

— Sí.

Ambos se dirigieron á la casa, perdiéndose pronto de vista en las calles del jardín. Los dos se aprestaban á la lucha. Iban á lidiar el último combate contra la ley: después lo lidiarían contra los hombres.

Se terminaba la lucha del derecho era preciso recurrir al hecho.

¡O la convicción ó la evasión!...

He ahí el último dilema de la lucha.

CAPÍTULO XIII

¡INEXORABLE!

El fanatismo es una enfermedad.

Es la locura, pero una locura perniciosa.

Hay fanatismos ridículos y fanatismos sombríos.

Los fanatismos ridículos son siempre como especie de sainetes de las ideas; losfanatismos sombríos son siempre una tragedia.

Hay en el fondo del alma de los fanáticos una inexplicable perversidad desentimientos, que instintivamente los empuja al crimen.

Todo fanático es feroz.

Y aquí hablamos, no del fanatismo religioso únicamente, sino de todos los fanatismos.

E1 fanatismo es una intolerancia y una aberración, lamentables, cuando no siniestras.

Los fanáticos religiosos han hecho la incredulidad; los fanáticos del poder, el despotismo; los fanáticos de la libertad, el libertinaje.

Al fin de todo fanatismo hay algo de sangriento, como en el fondo del alma de todo fanático hay algo negro.

Ravaillac y los inquisidores, eran fanáticos religiosos; Marat y los asesinos de Septiembre, eran fanáticos políticos; Ótelo era el fanático del amor; porque los celos sonel fanatismo de esta pasión.

Pues bien, el cadalso tiene también sus fanáticos. La pena de muerte es una especie de religión.

Los patibularios son una secta, sangrienta, tristísima, sombría. Tiene su Evangelio, el código; su sacerdote, el verdugo, y su altar, el patíbulo.

Es la única secta que sacrifica aún víctimas humanas.

Sus apóstoles, porque el patíbulo también tiene apóstoles, dicen que obran ennombre de las tres más sagradas instituciones, la religión, la moral y la sociedad.

Los hombres de esta secta son inexorables.

El juez que había condenado á Juan era sacerdote de esta secta.

Imbuido en estos principios había adquirido el fanatismo del patíbulo.Los asesinos del juzgado se educan, como los de los caminos.

El hijo de un bandido se habitúa á los asesinatos en el campo, en la emboscada y después mata á sangre fría. Así los jueces patibularios se habitúan á enviar víctimas al cadalso, y lo hacen quizá sin un remordimiento.

Son como la silueta del verdugo.

No tienen el valor del asesino sino la ferocidad.

El hombre de la ley, el juez inexorable, el magistrado integérrimo, estaba sentado en su aposento cuando le anunciaron al Padre Iragua.

Mandó que lo hicieran entrar y compuso su semblante para aparecer ante él, compungido pero severo.

El Padre Iragua, sencillo, franco, como todo hombre verdaderamente virtuoso, penetró sin preocuparse de mudar de aspecto.

El juez se puso de pie, y salió al encuentro del sacerdote, permítasenos la expresión por ser tan universal, como justamente aceptada, con un aire enteramente jesuítico. Baja la mirada, melancólicamente sonreído y plácido el semblante, así comose arrastra la sierpe antes de morder.

Tiene la amabilidad de los hipócritas no sé qué de frío y repulsivo que da horror. Hay en su apacibilidad una amenaza, y en su amabilidad, una emboscada.

Bajo la calma de su rostro, que es una especie de calma chicha, hay siempre unatempestad.

— Cuanto placer de verá Vd. aquí, Padre, pues hacía mucho que no tenía elgusto de verlo por ésta su casa.

— Muchas gracias, señor, es un asunto de grave urgencia, que me trae donde Vd.

— Tendré gran placer de servirle.

— Se trata, dijo el Padre Iragua, abocándose de lleno en la cuestión, de un empeño respecto á un hombre, supuesto reo de un delito.

El juez había comprendido ya de qué se trataba, pero fiel á su escuela disimuló.

— ¿Y el sumario, dijo, se estará instruyendo?

— No, señor, el hombre ha sido ya sentenciado.

— ¡Sentenciado!

— Sí, señor, ó mejor dicho, condenado; pues que ha caído sobre él una sentencia de muerte. Se trata, dijo por último el sacerdote impaciente y cansado de circunloquios, se trata de Juan, el esclavo de don Joaquín N... que acusado como

Su asesino, ha sido condenado á sufrir la pena capital.

— Es cierto.

— Sé que el asesor ha opinado por la conmutación de la pena, y sólo falta que usted se acuerde con el dictamen de él, y es á este respecto que vengo á interesarme con usted.

El juez alzó los ojos al cielo, en actitud de angustia indefinible, cruzó las manos sobre el pecho y con voz casi llorosa dijo:

— ¡Ah! ¡Qué carga tan pesada es ésta! ¡Qué deberes tan penosos hay que cumplir! Pero nosotros somos la garantía de la sociedad, los guardadores de la moral, los sacerdotes de la ley y tenemos que ser inflexibles. No puede Vd. imaginarse. Padre, cuánto he hecho por salvar á ese hombre, pero ha sido imposible, todo ha contribuido á perderle.

— Bien, dijo el Padre, no queriendo detenerse en este punto. No se trata de la sentencia sino de la conmutación de la pena.

— ¡Ah! no será posible.

— ¿Porqué?

— Por el ejemplo.

— ¡Ah! sí, dijo el Padre, irónicamente, es más saludable ejemplo asesinar á un hombre que condenarlo á presidio. Pero cuando ese hombre es inocente, el ejemplo no debe ser muy bueno...

— Sí, señor, pero este esclavo es culpable.

— No me detendré en probarle si es ó no criminal, pues yo lo creo inocente, de otra manera no me interesaría por él. Pero lo que vengo á suplicar á Vd. es que no maten á ese hombre, que lo manden á presidio y quién sabe si muy pronto probará él su inocencia.

— Padre, es Vd. muy bueno, su conducta lo honra. Usted es el ángel de la caridad interesándose por este infeliz. Dios sabe cuánto sufro yo con estas cosas, y más interesándose una persona como Vd.; pero uno tiene que ser inflexible con los criminales, de lo contrario la sociedad está perdida, la impunidad de los criminales sería la perdición social.

— ¿Por manera, señor juez, que Vd. no halla garantía para la sociedad, sino en el cadalso, cree que no hay mejor medio de moralizar que asesinar, que no hay modo de impedir la violación del derecho de la vida por el individuo, sino violándolo la sociedad,y que no hay más remedio contra el asesinato que el asesinato?

No, señor, es que el que mata debe sufrir la misma pena. Dios lo ha dicho: el queá hierro mata á hierro muere.

— Sí, ésta es la ley de Talión. Por manera que si al que mata, lo mata la sociedad, al que roba, la sociedad para ser lógica debe robarlo, y á un padre de familia que deshonra una joven la sociedad debe deshonrarle el hogar... Dios al decir lo que Vd. ha citado, no ha querido sancionar esa ley sino hablar de la justicia retribuyente. Él no quiso autorizar á la sociedad para el asesinato, sino precisamente todo lo contrario, quiso hacerle comprender que no había tal impunidad para los delitos porque sobre la justicia de los hombres estaba la justicia de Dios, de la cual no se escapa ningún culpable y que no llega á herir nunca á un inocente. Dios no quiso ni usar él de este derecho, ni concederlo ala sociedad, cuando ante el primer asesino, que era un fratricida, Caín, no sólo no quiso matarlo, sino que lo marcó en la frente para que los demás hombres no lo mataran; condenándolo así á la infamia y al remordimiento.

— Pero hay conciencias que no sienten el remordimiento.

— ¿Ha penetrado Vd. al sagrado recinto de ellas? El juez calló.

— Amigo mío, dijo el sacerdote, yo conozco más la conciencia humana que Vd. Nosotros, como los buzos, bajamos al fondo de ese abismo. A Vds. les basta ver que un hombre se ría, para decir: no siente. Nosotros sabemos lo que significa esa risa que es como la gesticulación de la conciencia desesperada. Nosotros tomamos á los hombres en el momento en que Vds. los abandonan. Cuando Vds. los matan, nosotros los perdonamos en nombre de Dios. En toda ejecución, cerca á la víctima, está el sacerdote, que es el consuelo, frente al verdugo, que es la venganza, Dios que perdona, frente á Vds. que matan.

— Por manera. Padre, ¿que Vd. no reconoce derecho en la sociedad para condenar á un hombre á la muerte?

— No, señor, ninguno. Porque yo no creo que frente al derecho del hombre haya otro derecho sino el de Dios. Yo sé que los derechos son inviolables é inalienables, y todo lo que viole el derecho es una injusticia, es un crimen.

La vida es un derecho sagrado, inmanente é inviolable. El cadalso es un hecho monstruoso. La violación de ese derecho, por ese hecho es un crimen. Los derechos no los da la sociedad, los reconoce, por consiguiente no puede ella crear derechos, el cadalso que es creación de ella no puede, pues, ser un derecho. Ahora, como un lustré escritor dijo: No puede haber derecho contra el derecho, sin el cual no hay más que una vida sin honra y una muerte sin esperanza.

No puede haber un derecho creado para violar otro derecho. Un asesino no ha tenido derecho á matar, pero de allí no se desprende que no tenga derecho á vivir. Eso

es una absurdidad. Él violó un derecho, y por eso se violan en él todos los derechos. Él faltó á un deber, ¿y por eso lo creen incapaz de cumplir todos los deberes?

— Pero, Padre, en Europa, las naciones más civilizadas tienen la pena de muerte.

— Eso no prueba nada, en primer lugar, porque esas naciones tuvieron largo tiempo las mutilaciones, las hogueras y el tormento, y eso no prueba que semejantes barbaridades sean buenas. Y los pueblos más bárbaros de Asia y África conservan la pena de muerte y con suplicios horribles. Si los pueblos bárbaros no la tuvieran y los civilizados sí, podría aceptarse el argumento; y si antes no hubiera existido y hoy existiera, podría creerse un adelanto. Pero es propiedad del pasado y de la barbarie, es pues una cosa bárbara.

Pero en fin, no venimos á perfeccionar la legislación, sino á ver si logramos salvar ese hombre ¿no sería fácil?

— Es imposible, Padre.

— Usted confunde la verdadera virtud con una virtud falsa. Usted cree que Dios acepta este cumplimiento ciego de las leyes de los hombres, con violación de las leyes da Él. Usted se equivoca.

— Padre, la culpable será la ley.

— No, señor, es usted, pero no agriemos la cuestión. Busque Vd. un medio de salvar á ese hombre. No lo haga Vd. matar. Yo se lo suplico por Dios; y el noble anciano bajó el acento.

— No puedo. Padre, dijo el juez.

— Está bien, dijo el sacerdote poniéndose de pie. No hay esperanza. Pero hay un juez superior á Vds. cuya justicia no se hace esperar. Si no hay piedad en ese corazón para un hombre desgraciado, dijo extendiendo su mano hacia el juez, esa conciencia despertará al grito de una voz suprema; y levantando la mano y la mirada al cielo añadió:

— Dios tenga piedad de
Vd.Y abandonó el
aposento.

El hombre de la Ley quedó mudo y sombrío: el hombre del Evangelio lo había asustado.

El discípulo de aquel inocente que había muerto en un patíbulo, había hechotemblar al patibulario.

El cordero asustaba la hiena.
La voz del justo aterraba al hombre
inexorable.Bajó la frente y quedó pensativo.
El rayo de Dios había posado en las sombras de esa
conciencia.Había allí un ofuscamiento...
El relámpago se extinguió y la sombra quedó
imperante.El hombre de la ley se puso en pie.

— No soy yo, dijo, es el código quien lo mata.

El fanático del patíbulo juraba sobre su Evangelio, en tanto que el hombre del Evangelio iba en auxilio del esclavo.

¡Caridad y ferocidad, lucha suprema!...

CAPÍTULO XIV

SACRIFICIO

La tempestad, he ahí algo como la venganza de la naturaleza, la liga de los elementos contra el hombre.

Se agita el Leviatán en el fondo del océano y el huracán en las regiones del cielo. Parece la lucha de dos monstruos, uno que se revolcara en el mar y otro alado, que lo azotara desde el aire. Lucha del Pegaso y los tritones.

Las olas y el huracán, terribles combatientes.

Las unas se hinchan y se levantan en montañas gigantescas, el otro las ataca ylas derriba.

Tiene el mar rugido, y la tempestad su acento. El uno sacude su melena de espumas, el otro su cabellera de rayos.

La tierra se estremece en torno á los combatientes, y el pavor hace enmudecer á las aves y á los hombres que presencian la lucha.

Esta lucha de las fuerzas mudas de la naturaleza es imponente.La humanidad la teme y busca su defensa.

La piedad inventó los amuletos, y la ciencia el pararrayo; una rama de boj, quemada, ó un hilo eléctrico sepultado en la tierra; la creencia y la ciencia ; la una queriendo detener el rayo en el espacio y la otra sepultándolo en la tierra; he ahí las fuerzas del hombre contra la tempestad.

Pero en el tiempo de que tratamos, la ciencia no había aún hablado en estas regiones, y la piedad hermosa y pura de nuestros antepasados se acogía bajo las alas de sus sencillas prácticas, cuando la tempestad bramaba en el espacio.

La voz de la tempestad es pavorosa, y á la humanidad le parece oír algo sobrenatural, como el acento del Dios del Génesis, dictando su voluntad al jefe hebreo en las soledades de Oriente.

Y en los momentos en que ella pasa sobre el espacio, durante aquellos coloquios del viento con el mar, del rayo con la ola, de lo desconocido con lo pavoroso, de lo espantoso con lo terrible las aves y los hombres se guarecen, buscando el calor de sus hogares, y esperan allí recogidos á que pase la cólera del cielo.

He ahí por qué Maracaibo estaba solo aquella noche. Había tempestad en el cielo y soledad en la tierra.

No cruzaba nadie por las calles, la ciudad estaba casi oscura, y el viento seguía apagando los escasos faroles que aun estaban encendidos.

No se oían más ruidos que el del lago y el del cielo.

¡Era noche aparente para empresas aventurada!...

La cárcel alzaba su mole imponente en medio de las sombras de la noche. Y sólo interrumpían aquel silencio el paso de los centinelas y la voz del cabo que de vez en cuando conversaba con ellos.

Pero no todo era oscuridad, adentro había una luz, y desarrollaba un drama la esperanza.

La caridad cantaba un himno, bajo aquella mole. Y la fe inspiraba á los héroes de aquel drama.

La naturaleza misma parecía ayudarlos, aterrando con su aspecto y su rugido á los que pudieran perturbarlos.

En el calabozo de Juan no había luz, pero había ruido. Algo esperaba él, porque á pesar de ser más de media noche no había dormido, y se paseaba de un extremo á otro de su celda ¿cómo estaba sin grillos? ¿Qué los había hecho? Allí estaban arrimados contra el poste y rotos por el esfuerzo de una lima. ¿Quién había dado al prisionero aquella lima y qué se proponían? Fácil es adivinarlo al lector.

El Padre Iragua y el Doctor, desesperados de no encontrar justicia ante los hombres, habían confiado su causa al azar, implorando para ella el auxilio de Dios.

Con los pocos recursos que les quedaban, el Doctor había logrado adherir á su empresa al carcelero y los dos soldados que estaban de facción, de doce de la noche á dos de la mañana, para que ayudaran ala evasión de Juan y de Bárbara, pues habiendo sido ésta condenada á seis años de presidio como cómplice del asesinato, su generoso amante no quería evadirse solo ; y para que se embarcaran con ellos en una goleta preparada al efecto, con rumbo á Puerto Cabello, donde estaban las fuerzas revolucionarias de los patriotas insurreccionados contra el poder peninsular.

La sentencia de muerte debía serle comunicada á Juan á la mañana siguiente, para ser luego puesto en capilla, bajo mayores seguridades y salir de allí al cadalso.

Era preciso, pues, aprovechar aquella noche.

Víveres en la goleta, ropa, dinero para el viaje, á todo había provisto la noble caridad del Padre Iragua y sus cómplices, porque tenía cómplices y en esta gran trama aquel *sublime criminal*, contra las leyes de los hombres.

El carcelero había dado á Juan la lima para que se libertara de los grillos, y habíaquedado en ir á avisar la hora precisa.

Cuando pasadas las doce el carcelero se presentó, Juan lo esperaba impaciente.

— Vamos, dijo éste con la voz insegura de quien está en una empresa arriesgaday teme ser descubierto.

Juan lo siguió.

El carcelero al salir del calabozo volvió á echar el cerrojo, para que no notaran al amanecer y les dieran más tiempo, y luego se puso en marcha Siguieron á lo largo del corredor hasta llegar á un pasadizo.

— ¿Y Bárbara? dijo Juan.

— Ya nos espera.

Á mitad del pasadizo se oyó un ruido imperceptible en la sombra que era muy espesa, algo así como el ruido producido por el traje de una mujer.

Juan adivinó más bien que conoció á Bárbara.

Hubo un momento de idilio en aquella sombra. La emoción los embargaba y Bárbara más débil, casi exhaló un grito. Juan lo ahogó sellando con sus labios los labios de su amada. Beso no culpable, pero sí ardiente y trágico, como el de Pablo en los labios divinos de Francesca.

Quisieron seguir caminando, pero Bárbara no se movía, la felicidad la había herido: estaba sin sentido.

El aire helado de la noche después de tantos días de prisión, el temor de la empresa y la inmensa, indescriptible felicidad de abrazar al que era la vida para ella, hicieron tal impresión en el ánimo de la joven, obraron de tal modo sobre aquel ánimo debilitado ya por tantas emociones, que no pudo resistirlos; la felicidad hacía en ella el efecto del dolor.

Al verla así, Juan quiso llamarla, pero se acordó que podrían oírlo, tomó aquel cuerpo querido, sobre él, y continuó su marcha.

La joven parecía una niña dormida, tenía la cabeza reclinada sobre el hombro de Juan y el cabello todo le caía sobre la espalda y azotaba suavemente el rostro de éste, al sentirse agitado por la brisa.

Al salir al patio interior del edificio, que tenían necesidad de atravesar, el agua cayó sobre la frente de Bárbara, al contacto del frío y al beso de la brisa, la joven exhaló un gemido, como el de un niño que duerme, pero volvió á doblar su cabeza desfallecida,como la de una alondra muerta sobre su nido.

Al fin llegaron á la pared que era necesario escalar.El centinela cómplice los esperaba al pie.

Era necesario que uno subiera para asegurarse de si los palos, clavados en la pared momentos antes, estaban bien seguros. El carcelero subió el primero y llegó arribasin novedad, el centinela lo siguió.

Cuando tocó á Juan subir, tomó éste su preciosa carga que había depositado en el suelo y se preparó á ascender. Era un estorbo inmenso, sólo le quedaba libre una mano y el cuerpo de la joven le impedía á él el libre movimiento de las piernas. Sin embargo, contando con lo hercúleo de sus fuerzas, aunque algo debilitadas en la prisión, tomó la joven por el talle, con el brazo derecho y asiéndola fuertemente comenzó á trepar. La empresa era angustiosa. Los palos clavados allí, apenas podían resistir el peso de un hombre y la pared era algo deleznable, y empezaron á ceder al peso de los cuerpos. Sin embargo, Juan seguía subiendo. Había ya ascendido bastante, cuando el palo en que apoyaba el píe, se rompió. El esclavo quedó oscilando y pendiente sólo de una mano, trató de buscar otro apoyo, con el pie, en la pared y no lo halló, miró hacia arriba y le faltaba como un metro por ascender, miró hacia abajo y vio el abismo...

No sentía la caída por él, estrellarse hubiera sido un favor, pero lo sentía por Bárbara cuya vida era la vida de su hijo.

Ya empezaban á agotarse sus fuerzas, y la astilla

traqueaba...Bárbara abrió los ojos.

Al verse así, en brazos de un hombre, suspendida en el espacio, no recordando bien, como sucede á toda persona que despierta, tuvo miedo, se creyó víctima de una pesadilla y quiso separarse de Juan. El esfuerzo de la joven fue demasiado violento y la astilla vaciló. Aquella lucha en el vacío era la muerte.

Juan habló entonces. Bárbara lo reconoció pero era tarde. El pedazo de madera dio como un último quejido y se rompió.

— ¡Jesús!... dijo Bárbara al sentir desplomarse.

Un golpe seco, rudo, se escuchó al estrellarse los dos cuerpos. ¡Ambos quedaron inmóviles!

Rota la cabeza, bañado en sangre, despertó el esclavo al día siguiente.

Su celda era más estrecha, más oscura, pero había una claridad que él no podía explicarse.

Veía como luces de cirios, y oía como chisporroteo de velas de cera encendidas.

Cerca de él había un hombre vestido de negro y lo miraba con un semblante compungido y triste. Lo tenía recostado sobre el seno y rezaba muy paso.

Tendió la vista al frente, allá donde había creído divisar el fulgor de las luces, y en efecto allí había cuatro cirios, sobre unos paños negros. Y encima, melancólica, serena, majestuosa, mostraba su frente angustiada y triste, su mirada apagada y moribunda la imagen de un Cristo.

Aquello era un altar.

¡El preso dio un grito horrible!

¡Estaba en capilla!...

CAPÍTULO XV

CAÍN

La pasión, he ahí la gran fuerza motriz de esa locomotora llamada hombre. La razón es su ingeniero. Si las pasiones van bien dirigidas, son fuerzas salvadoras, si no,he ahí el descarrilamiento, la explosión, la catástrofe.

Sabido es que hay pasiones nobles y pasiones bastardas.

Si se nos permite la expresión, diremos que la prolongación de una pasión noble produce una bastarda.

Prolongad el valor y dará la temeridad; prolongad la economía y dará la avaricia; la justa emulación y dará la envidia; la natural estimación de sí mismo y dará la vanidad.

La exageración de un principio llega á falsearlo.

Las pasiones nobles engendran los hechos sublimes; las bastardas, los hechos monstruosos.

Las pasiones dan alas ó vértebras, fuerzan al hombre á volar ó á arrastrarse. Águila ú oruga; astro ó polvo; héroe ó criminal; he ahí lo que harán de un hombre las pasiones.

La cima ó el abismo, he ahí el fin.

La contracción de las fauces de un perro de presa, tal tienen las pasiones; una vez cogida la víctima, no la sueltan. Se enroscan á ella, como un boa constrictor y lo trituran.

Toda pasión es un delirio, siempre hay en ella una especie de esperanza pérfida, que brilla en el fondo del abismo y atrae hacia él.

Y hay almas nobles y hasta sublimes, que en una especie de sonambulismo, se inclinan sobre el vértice y caen al fondo: ésos son los desgraciados.

Hay almas perversas que se precipitan en él con una alegría satánica: ésos sonlos criminales.

Hay lontananzas en el vicio, como en el desierto, siempre se sueña con la enmienda para el porvenir y sopla el *simoun* de la muerte y arrastra al viajero y al oasis...

¡Espejismos del vicio! ¡Resplandores del abismo!

¡Luis estaba poseído de pasiones

bastardas!El amor no tenía en él nada de

noble.

Los celos, la envidia y la venganza lo empujaban.

Estaba, como los antiguos suponían á ciertas almas, poseído de las

furias.Había trabajado mucho para perder á Juan y lo había logrado.

Pero se escapaba también su esperanza, porque al enredar á Bárbara en su trama, la perdía, pues que condenada ésta, como cómplice del asesinato, había sido sentenciadaá seis años de presidio y desterrada á Cuba.

Luis meditaba.

Al día siguiente debía ser ejecutado Juan; el odiado rival desaparecía. Todos sus esfuerzos debían tender ahora á salvar á Bárbara, y una vez conseguido esto, rodearla de todos los cuidados y atenciones posibles, deslumbrarla con el oro, y palidecido con el tiempo el amor que ella sentía por el esclavo, lograr al fin hacerse amar de aquella mujer que era su sueño y su ideal.

Había tenido la avilantez de presentarse en la prisión á ofrecer sus servicios á la víctima.

La joven los había rechazado con indignación.

— ¿Me aborrecéis? le había dicho Luis.

— Mucho más, os desprecio, le había respondido Bárbara. Todos los sufrimientos de mi prisión son nada comparados al desagrado que me proporciona vuestra presencia aquí. Veros me hace un mal horrible.

— ¿Os parezco un monstruo?

— No, un reptil.

— ¿No aceptáis de ninguna manera mi amor?

— No, primero la muerte.

— Ni dándoos mi mano.

— Prefiero ser la amada de un esclavo, á ser la esposa de un bandido.

— ¿Y si aun me vengara más?

— ¿Qué más podéis hacer? ¿Hacerme matar? No harías más que anticiparos á mi deseo, porque preferiría mil veces las tablas del cadalso á vuestro lecho conyugal.

— Y cuando salgáis de aquí, ¿qué pensáis hacer?

— ¿Yo? nada

Luis se estremeció. Había visto brillar no sé qué resplandor siniestro, terrible, desconocido hasta entonces, en la mirada de Bárbara.

— ¿Y qué queréis que haga por vos?

— Que os marchéis.

Luis abandonó la cárcel, aun más apasionado por aquella mujer que tanto resistía.

— La salvaré, se decía, pero después que perezca su amante.

He ahí por qué la víspera de la ejecución de Juan, Luis estaba meditando,inquieto, y paseándose á lo largo de la sala de su casa, en el Hato.

El león, después que ha cazado, se retira á su cueva; el tigre lamiéndose el hocico húmedo de sangre, se agazapa en el tronco hueco de un árbol; el chacal, en las grandes hendiduras de las rocas.

Luis se había retirado al Hato á saborear su venganza.

Habiendo salido al corredor, desde donde se divisaba el camino en la llanura, vio venir en dirección hacia la casa, un jinete que avanzaba lentamente, al paso de una muía al parecer cansada, é iluminado apenas por el resplandor del sol, que ya principiaba á ocultarse en Occidente.

Ansioso esperó la llegada del viajero.

Antes de llegar al patio de la casa, ya lo había reconocido: era el Padre Iragua.

El santo levita al aclarar el día siguiente á la noche en que debía haberse evadido Juan, pasó por el puerto, lleno de ansiedad, y al no ver allí la goleta, respiró libremente y alzó los ojos al cielo en señal de gratitud. Había andado pocos pasos, cuando oyó á un grupo hablando de la proyectada evasión.

Entonces lo comprendió todo, la goleta no estaba allí, porque el carcelero y los soldados, habían huido en ella.

Imposible pintar la amargura que se apoderó del alma del noble anciano.

Aquel día dijo misa, con las lágrimas en los ojos y la angustia en el corazón.

Todo el día estuvo, no diremos inquieto, sino febricitante, nervioso, casi fuera de sí. No tuvo valor para ir á ver á Juan, pero habló con cuanto médico amigo suyo tenía, para que fuera á atender á aquél y á Bárbara.

Su hermana lloraba y rezaba, consolaba á su hermano, besaba el niño y despachaba medicamentos y azafates para la cárcel.

Aquél fue un día de confusión para esas almas.

Era ya tarde cuando una mujer llegó en solicitud del Padre Iragua. Parecía loca. Faltando á todo respeto, penetró hasta donde estaba el sacerdote y se arrojó á sus pies gritándole:

— Sálvelo su merced.

Era María, la madre de Juan.

La pobre esclava, arrastrada por fuerza al Hato y recluida había allí estado hasta entonces ignorante de la suerte de su hijo. Sus compañeros de esclavitud la consolaban, ya con falsas noticias, ó ya haciéndole comprender que no corría riesgo alguno. Gallada, meditabunda, triste, la madre esclava devoraba su pena, sintiéndose morir. Al fin había

caído en cama. Tendida en el lecho del dolor, había oído la terrible noticia, y había sabido la horrible realidad. No había querido gritar, desesperarse y clamar, porque sería encerrada, y castigada acaso.

Pero, como un espectro, se levantó del lecho, abandonó en sigilo la casa, se ocultó en un bosque, y luego veloz como una corza, se lanzó en carrera. El cabello desgreñado, el rostro sombrío, llorando y gesticulando, parecía un fantasma corriendoen la llanura.

Al fin llegó donde quería, ya estaba á los pies del Padre Iragua. ¿Qué traía aquella madre para salvar á su hijo? Un secreto. Pero un secreto que en poder de ella sola, podía ser ahogado, desmentido, castigado. Era necesario ponerlo en poder de otra persona y ¿quién mejor que el protector de su hijo?

Cuando el Padre Iragua oyó la revelación de aquella mujer, tuvo un momento de emoción, sobre su frente lució un rayo de esperanza.

Él, vencido ya, tenía un arma, caído en el naufragio, tenía una tabla.Todavía podía luchar y lucharía.

Al día siguiente, aquel anciano achacoso, sin miedo al sol, al agua que podíacaer y á todas las penalidades del camino, se puso en marcha.

Ya hemos dicho que declinaba la tarde cuando llegó á casa de Luis.

Éste salió á recibirle al patio, atento, confuso y asustado al mismo tiempo.

Una vez el anciano en la sala, Luis le preguntó qué había de nuevo por la ciudad.

— Nada, hijo, nada, dijo el Padre.

— Creí que hubiera habido algo muy extraordinario, cuando os veo por aquí,dijo Luis, ansioso de saber el objeto de aquel viaje.

— Ese algo lo hay en efecto, y es á vos á quien interesa.

— Pues podéis hablar ahora, ó dejarlo para después de la comida que ya nos espera.

— Será mejor lo último, porque me siento algo débil.

Y se dirigieron poco después al comedor.

Terminado que hubieron la comida, y una vez en la sala, el sacerdote habló el primero.

— Mucho tiempo hacía, dijo, que yo no venía á este Hato, de tan gratos recuerdos para mí, durante la vida de tu padre, y no hubiera vuelto á poner las plantas en él, si un asunto de sumo interés para el nombre y la memoria venerada de don Joaquín, para ti y para un desgraciado no me hubieran impuesto este deber.

— Hablad.

— Se trata de Juan.Luis se inmutó,

— ¿Y bien, dijo, qué hay?

El anciano tomó un acento severo.

— Sabrás ya que mañana será ejecutado este esclavo, que es inocente; lo llevan al cadalso tus intrigas y tu venganza. Su sangre caerá sobre ti y sobre sus jueces. Te has burlado de mí y te has encarnizado en él.

— Yo, no, dijo Luis, interrumpiéndole, ha sido la ley.

— No, tú, porque has podido salvarlo, haciendo que lo condenen á presidio, y allí habría podido probar su inocencia.

— Yo no podía hacer esto con el asesino de mi padre.

— ¡Tú sabes que no lo es! Y te atreves á hablar así, aquí, en esta sala, donde aún parece vagar la sombra de tu padre. Aquí, en presencia de ese retrato, dijo el sacerdote, mostrando uno al óleo que representaba á don Joaquín. Si crees honradamente lo que dices, mira ese retrato, míralo si te atreves.

Luis bajó la frente.

— Imagen severa, amigo mío, dijo el sacerdote con voz terrible, despréndete deese cuadro, avanza aquí y ven á maldecir á este hijo criminal.

— Padre, Padre, por Dios, dijo Luis, lleno de terror.

— Pues bien, confiesa que son los celos y la venganza que te guían y no lamemoria de tu padre. Dilo.

— Es verdad.

— Pues bien, desgraciado, eres un asesino.

— ¡Padre!

— Y no sólo eso. Óyeme: no te quedan más que horas para librarte de ser uncriminal aún más horrible...

— ¡Padre! ¿Por qué?

— ¡Porque el hombre á quien vas á hacer asesinar es tu hermano!...Un rayo caído á los pies de Luis le hubiera causado menos espanto.

Él había tenido desde mucho antes esta sospecha, pero nunca había creído que se tornaría en realidad. Pero esta declaración hecha así, en momentos tan solemnes, á la orilla de una tumba abierta por él, lo aterró.

Caín temblaba reconociendo á Abel.

— Padre, eso no puede ser cierto, dijo reponiéndose un tanto de su turbación.

— Tengo las pruebas. Además de la confesión de la madre, quiero que te convenzas con otras. Acércate á ese escritorio, dijo, mostrando uno al frente, abre ese cajón, del lado izquierdo, y lee un papel que hay allí, atado con una cinta azul.

Luis obedeció como autómata.

Cuando desdoblaron el papel y leyeron vieron que decía.

“Declaro que el esclavo Juan, hijo de Marta, esclava también, es hijo mío. Quiero que después de mi muerte este esclavo sea libre y así lo ordeno, y mando además que de mis bienes se le den doce mil pesetas con que le quiero dotar. Queda encargado del cumplimiento de esto mi hijo Luis, que es mi heredero legítimo y que cumplirá mi voluntad. Joaquín N.”

Luis quedó estupefacto.

Todo el pasado se aclaraba á su vista. Ahí estaba la razón de las consideraciones de su padre hacia el esclavo y su resistencia á venderlo.

— ¿Y bien, qué dices? dijo el Padre. ¿Y qué piensas hacer?

— Nada. Mi padre cuando hizo esto no se imaginó que había de perecer á manosde su hijo.

La ley prohíbe al asesino heredar, y si el juicio no hubiera concluido, esta declaración lo agravaría más, porque tornaría el homicidio en parricidio.

— ¡Ah! ¡Infame! ¿No estás contento? ¿No estás satisfecho aún, hiena feroz?

¿Nada temes de los hombres? Pues bien, la justicia de Dios caerá sobre ti.

¡Maldito seas!

— ¡Padre! dijo Luis cayendo de rodillas, perdóname.

— Quita, quita, dijo el anciano retrocediendo. El demonio está en tu alma, vete con él.

—Padre, perdón, volvió á clamar Luis, asiéndose á la túnica del sacerdote, que huía ante él y arrastrándose de rodillas.

— Maldito de Dios y de tu padre, volvió á decir el sacerdote.

— No me maldigáis, Padre, y yo lo salvaré. Yo iré mañana á Maracaibo y haréel último esfuerzo para la conmutación de la pena, con el Gobernador, que es mi amigo.

— Si así lo haces, álzate y Dios te perdone. Luis se levantó.

Después de aquella escena tan violenta, no quedaba más que recogerse y esperar el día siguiente.

Luis no durmió aquella noche.

Un nuevo combatiente se presentaba en su alma: la ambición.

Ya no era sólo la vida, era parte de su herencia lo que tenía que dar á aquel hombre, que al salir de la cárcel ya no sería su esclavo, sino hermano, ya tendría derecho á ser altivo, ya poseería á Bárbara, legítimamente, tendría dinero y sería su igual.

— Imposible, dijo, imposible, trataré de no llegar a tiempo, y engañaré al Padre Iragua

. Había fulguraciones desconocidas en el abismo de aquella

conciencia.Al fin amaneció el día.

El Padre y Luis se pusieron en

marcha.El verdugo y el apóstol.

El odio y el amor.

¿Llegarán aún á

tiempo?Dios los guíe...

CAPÍTULO XVI

AURORA

¡Drama sublime!

¡Tragedia ternísima y terrible al mismo tiempo!

¡Cuadro que la fe ha ornado de resplandores divinos, y la filosofía, de auroras inmortales!

¡Poema que se lee á través de una nube de lágrimas!

¡Aurora que al contemplarla con los ojos de la razón hace doblar la cabeza, ycon los de la fe hace doblar las rodillas!

¡Tal es el sacrificio del Cristo!

La impresión que deja en el alma es indeleble.

Aún nos parece tornar á sentir lo que ayer, cuando guiados por la mano maternal, penetrábamos, bajo las altas bóvedas de los templos, y allí, á esa luz entrecortada, al penetrar por las ojivas y romperse en los capiteles de las columnas esparciendo rayos melancólicos y sobre el altar, en el silencio imponente de aquellas naves solitarias, en las cuales parecía siempre vagar como perdidas, notas de órgano y rumores de plegaria, mezclándose al eco de nuestros pasos que sonaban tristes y acompasados como la voz del recuerdo en la conciencia humana, contemplábamos la imagen del crucificado, imponente, severa y triste, dominando la iglesia desde lo alto del altar.

¡Qué emociones se apoderaban del alma infantil!

Aquella cabeza angustiada y moribunda, doblada sobre el hombro é inclinándose hacia á la tierra, con el fulgor de un astro que declina, y cual si el paso de la sombra de tantos siglos de oprobio lo doblaran; aquellos ojos apagados y tristes, cuya postrer mirada había de alumbrar el viaje de la humanidad en los siglos del porvenir; aquellos labios secos y mustios, amargamente plegados, después de haber hecho brotar de ellos

la verdad eterna; aquella frente coronada por los resplandores del martirio y por todas las auroras de la libertad; aquellos brazos extendidos y como pugnando por desprenderse de la cruz, para abrazar el mundo en su contracción postrera; aquella última lágrima sobre la cual se partían evaporándola los rayos temblorosos de la luz, cual si el astro rey hubiera querido acercarse al rostro del mártir para beber esa última gota del dolor del justo; todas las sombras de la muerte rodeando esa cabeza, y todas las luces de la gloria iluminando aquella frente. Y como flotando en medio de ese limbo, aérea, majestuosa, tristísima, la doliente imagen llenaba el alma de amargura indefinible, de santa indignación, de respeto y de cariño. ¡Las lágrimas brotaban á los ojos, la oración á los labios y la tristeza al alma!

¡Oh! ¡Dulce fe de los primeros años, rayos de las auroras de la vida, recuerdo de la madre idolatrada!

Pasan después los años, pueden borrarse las impresiones de la edad primera, y morir la candida piedad del alma virgen. Pero perdura siempre la admiración profunda hacia aquel mártir sublime, el redentor de la razón humana, él Maestro cuya doctrina inmortal aún ilumina el horizonte del mundo, en la marcha azarosa de los tiempos.

Como hemos dicho ya, cuando Juan abrió los ojos, estaba frente á aquella imagen imponente.

Su primera impresión fue de ofuscamiento, luego de terror, luego de angustia.

— ¿Qué es esto? Padre mío, ¿qué es esto? dijo el joven, buscando los brazos del sacerdote, como para guarecerse en ellos, de la muerte que veía ya suspendida sobre su cabeza.

— ¡Hijo mío! valor, dijo el sacerdote.

— Padre, ¿me han condenado? ¡Á mí que soy inocente! Padre mío, esto es una crueldad, y el joven prorrumpió á llorar.

— ¡Valor, hijo mío! Los hombres no te perdonan, pero Dios te perdonará.

— ¡Padre mío! Yo soy inocente y mi muerte es una injusticia.

— Él, también lo era, dijo el sacerdote, mostrando el Cristo, y sin embargo la injusticia de los hombres lo alzó en ese patíbulo, donde "hace diez y nueve siglos que la ley humana clavó á la ley divina." Levanta los ojos á él, ten confianza en su misericordia infinita y prepárate á dormirte en su seno.

— ¡Padre mío! Yo no quiero morir, dijo el esclavo con una amargura infinita.

— Pero es preciso resignarse.

— ¡Ah! ¡qué horrible, morir inocente!

El sacerdote calló.

— ¡Morir así, morir tan joven, lleno de vida! ¿Qué será de Bárbara y de mi hijo? ¡Padre mío! Sálveme Vd., sálveme por Dios; y el joven se abrazó al sacerdote.

Éste llorando le decía:

— No te desesperes, Dios no nos abandonará. El te dará valor para morir, y velará por ellos. Piensa sólo en arreglar tu alma y prepararte para aparecer en la presencia de Dios.

¡Dos días duró esta lucha!

Dos días un hombre frente á frente de la muerte, viéndola avanzar hacia él con los brazos extendidos, y sintiendo el hielo de su aliento sobre la frente.

Dos días suspendido como de un hilo sobre el sepulcro. Esto era más que ferocidad dé la ley, era la cobardía.

¡Durante estos dos días, el esclavo tuvo arrebatos de ira, casi raptos de cólera, momentos de suprema tristeza, á veces lloraba como un niño, otros se retorcía como un furioso, y después pasaba horas enteras mudo como una estatua!

El Padre Iragua no había tenido ni tiempo ni valor para visitarlo.

Bárbara había sido trasladada al
hospital.En tanto el tiempo avanzaba.
El esclavo, como un hombre que va al abismo, avanzaba lentamente á la tumba.
¡Qué horrible es morir así!
Con pleno conocimiento de la muerte, empujado por grados hacia ella; lleno de luz, inclinarse hacia la sombra; lleno de vida, ir hacia la muerte; lleno de juventud, ir ála nada...
¡Ser así lanzado al abismo, entre todas las luces del cielo y las sonrisas de la
tierra!
Esta sumersión en plena vida, en el océano de la
muerte.Este eclipse completo que se ve venir.
Esta desaparición de entre los vivos, paso á paso y con plena conciencia de
ella.Todo eso debe constituir la más horrible de las muertes.
La capilla es más suplicio que el cadalso.
Pero el dolor, sufrido largo tiempo,
aletarga.
Hasta la víspera de la ejecución, Juan estaba como
aletargado.Aquella noche el sacerdote le dijo:
— Hermano mío, es preciso disponer el alma para aparecer ante el tribunal de
Dios. Es preciso tener valor, porque el momento se acerca. Mañana Dios te recibirá ensu seno.
Desesperado y llorando, el esclavo se confesó.
Con el Cristo en la mano y en brazos del sacerdote, lo sorprendió la aurora.
Última aurora de su triste vida. ¡Postrer rayo de sol sobre su cielo!
Apenas apareció la aurora el sacerdote celebró en la capilla el sacrificio de lamisa, y el esclavo llorando y tembloroso recibió la comunión.
Después cayó en una tristeza profunda y no quiso tomar
alimento.El sacerdote llorando también lo exhortaba y o
consolaba.
Cada hora que pasaba era una nueva escena de desesperación.
— Yo no quiero morir, Padre, yo no quiero morir, gritaba el esclavo con
tristeza.En tanto el sol seguía avanzando sobre el cielo.
Afuera se hacían los preparativos. Ya estaba lista la escolta. Ocho soldados, quela ley iba á convertir en ocho asesinos, tenían las armas cargadas.
El esclavo se había vestido de limpio, para sus nupcias con la tumba.
Todo su vestido era blanco, como para que se notasen más las manchas desangre con que la ley lo iba á manchar.
Al fin dieron las nueve.
Era la hora fatal.
Se oyó afuera un toque de caja y el ruido de una escolta que llegaba.
— ¡Valor, hijo mío!... dijo el sacerdote abrazando á Juan.
Y aquel esclavo que hasta entonces había llorado y se había desesperado tanto, se irguió resuelto y atrevido frente á frente de la muerte.
¡La puerta se abrió!
Al frente estaba la escolta, con las armas al hombro.
El carcelero y un sargento se acercaron á Juan y le ataron las manos. Luego le colocaron un pañuelo en forma de venda sobre la frente, para hacerlo bajar luego á los ojos.
El sacerdote tomó el crucifijo.
El fúnebre grupo avanzó hasta colocarse en medio de la
escolta.Sonó la caja y la escolta se puso en marcha.

El sacerdote con un brazo sobre el cuello de Juan, ponía el crucifijo frente á surostro, y ya lloraba, ó ya le decía:

— ¡Valor, hermano mío, valor!

Lágrimas silenciosas corrían por el rostro de Juan.

Cuando salieron al patio, un sol esplendoroso los
bañó.

¡Ultimo rayo de la luz sobre la frente de un moribundo!...

El sacerdote señalando el cielo dijo al esclavo:

— Ánimo, hermano mío, que pronto estarás allí.

A lo que el esclavo salía para el cadalso, las campanas empezaron á doblar. Alfin salieron á la puerta del edificio.

Había algunas personas en la plaza.

El cadalso se alzaba allí, contra los murallones de la cárcel misma.

El esclavo que iba ya pálido como un muerto, se estremeció.

En aquel momento hubo también un estremecimiento en el
auditorio.De súbito el oficial que mandaba la escolta hizo cesar la
caja.

El Padre Iragua y un edecán del Gobernador venían hacia él.

El anciano sacerdote, trémulo, jadeante, llorando, rompió las filas y se lanzó á los brazos de Juan.

— ¡Salvado, hijo mío! salvado, exclamó el anciano. En tanto que el oficial leía un papel.

Era la conmutación de la pena por el Gobernador.

¡Triunfó la caridad! ¡Bendita sea!

¡Pasó la noche, apareció la aurora!...

CAPÍTULO XVII

EN EL MAR

¡En el mar I... i En el mar!..

La inmensidad sombría, el circular y pálido horizonte, el rumor apagado de las olas que se rompen contra la proa del buque; ese rumor desconocido é inexplicable de la soledad en el océano; la luna majestuosa levantándose en el cielo, y las estrellas temblorosas reflejando su luz sobre las aguas. Esa calma, ese silencio imponente de las noches en alta mar; ese vago y misterioso eco que parece venir de lo desconocido y se queja como un titán cansado, se apoya un momento en torno al barco y sigue después en carrera, como gimiendo y desesperado buscando playas amigas, á donde ir á morir entre palmares. Olas de espuma, blancas como la cabellera de un anciano, que vienen á estrellarse contra el buque y desaparecen al choque; el ruido de los cetáceos, y la voz apenas perceptible de los marineros que hacen su faena. Tal era el cuadro.

El buque iba viento en popa, ligero, majestuoso, desplegadas las blancas lonas, como una garza que tocara apenas con sus alas extendidas la superficie azul del océano.

El barco parecía un punto casi imperceptible en medio de aquella soledad, y cruzaba entre las olas agitado y ligero.

"Como el nido de un pájaro en el mar."

A bordo había un silencio profundo, todos dormían y sólo velaban los encargados del servicio.

El reloj de cámara había dado ya la una de la mañana.

El cielo empezaba á oscurecerse y se ponía triste, como si los astros quisieran apartar su mirada de lo que allí iba á suceder.

Juan, si no dormía, al menos estaba acostado en unión de otros presos, en la bodega.

Después que el Padre I ragua, tan noble como violentamente, le había dado la noticia, el esclavo había caído sin sentido.

La violenta sensación del placer lo iba matando. Al volver en sí, había sabido que estaba condenado á presidio perpetuo, y que al día siguiente saldría para Cuba.

Al saber que Bárbara había sido condenada á la misma pena por seis años, tembló por su hijo, pero el Padre Iragua lo tranquilizó, asegurándole que se encargaría de él, mientras, como lo esperaba, lograra probar su inocencia.

Consolado, ya que no tranquilo, el esclavo se resignó á su suerte.

Sólo había visto á Bárbara al entrar al buque. Después los habían separado.

Aquella noche Juan pensaba acaso, en que allí, en aquel mismo buque, estaba la que era todo su consuelo, sin poder acercarse á ella. Cuando se le aproximaron tres hombres, altos, fornidos cómo son por lo general los marinos.

El uno era el contra-maestre, los otros dos, marineros á quienes él mandaba.

— Levántate, le dijeron paso, como para no despertar los otros presos.Juan se puso en pie.

— Síguenos.

El joven los siguió.

Cuando ya estuvieron fuera de la bodega, los dos marinos tomaron un cable delgado y se aproximaron á él, para amarrarle las manos.

— ¿Por qué? dijo el esclavo temeroso.

— Silencio.

Juan se dejó atar las manos hacia atrás, y penosísimamente, casi suspendido por ellos, pues los grillos no se lo permitían, subió á la cubierta.

¡La luna alumbraba de lleno aquel cuadro!...

Los marineros ataron á los pies de Juan unas palanquetas, y lo hicieron caminar hacia la orilla.

Hasta entonces comprendió él el horrible designio.

— No por Dios, dijo, no me maten así.

— Silencio, dijo el contra-maestre. Échalo al agua.

Juan amarrado y con tanto peso á los pies, pretendió luchar, se dejó caer sobre la cubierta y gritó.

Su grito se apagó en la soledad del océano. Y calló, porque el contra-maestre descargó sobre su cabeza una de las palanquetas de hierro que habían sobrado, y lo hizo enmudecer.

— ¡Dios mío! murmuró el esclavo al caer sin sentido.Los dos marinos lo levantaron.

Juan se estremeció al verse así en el aire.

— Perdón, perdón, exclamó con voz casi ininteligible.

— Uno, dos, dijeron los marineros meciéndolo.

— ¡Tres!... dijo el contra-maestre.Y el cuerpo fue lanzado al mar.

Un golpe seco se escuchó, mezclado á un grito.La ola que se había abierto volvió á cerrarse.

Los círculos concéntricos que se habían formado se cerraron. Y la superficie volvió á mostrarse serena, tranquila, como momentos antes.

La nave siguió avanzando, el océano quedó tranquilo, la luna indiferente sobre elcielo y el silencio envolvió los detalles de aquel drama en el mar.

Desde entonces creen los marineros oír siempre un grito en esas soledades, y creen ver alzarse silenciosa una sombra blanca de en medio las espumas del océano, la llaman:

El alma del esclavo.

EPÍLOGO

POR UNA ONZA.

Es un Hospital en la Habana.

Moribundo sobre el lecho del dolor se encuentra un hombre.

La faz desencajada por las convulsiones de la agonía, la mirada asustada, como del que se asoma á un abismo, redacta algo penosamente á un sacerdote y á un juez, queescriben cerca de él.

— Valor, hermano mío, le dice el sacerdote, es preciso confesarlo todo.

— Sí, responde el enfermo, leed lo que he dictado.El juez lee:

"Yo N. N. natural de esta ciudad pronto á comparecer ante el juicio de Dios, y deseando obtener su perdón y descargar mi conciencia, declaro: que en el año de 18...en la ciudad de Maracaibo, asesiné al señor Joaquín N. y que habiendo logrado evadirme de la justicia, fue condenado como asesino, un esclavo llamado Juan, el cual una vez conmutada la pena capital, dicen que fue enviado preso á esta isla, en unión de una mujer que tenía, que fue complicada en el juicio y es inocente también. Hago esta declaración porque deseo lavar de toda mancha el nombre de los que aparecieron como autores de este hecho."

— ¿Así? dijo el Juez.

— Aún más. Poned que yo no tenía motivo ninguno para matar á don Joaquín, sino que el señor N. N. me llamó diciéndome:

— Cubano, porque este era el nombre que en Maracaibo me daban, ¿quieres librarme de un enemigo y te doy una onza? Yo acepté y lo maté, porque el enemigo no era otro que don Joaquín.

La voz del moribundo se fue debilitando poco á poco...

— Firmad, dijo el Juez, que comprendió que la vida se acababa en aquel hombre.

El enfermo penosamente alcanzó á firmar, dejó caer la cabeza en la almohada, tuvo un golpe de tos y se cubrió de sangre, arrojada por la boca, tuvo un último estremecimiento y expiró.

Había tenido aún tiempo para dejar probada la inocencia de Juan.

Pero ¡ay! el inocente había sido ya sacrificado por la injusticia de los hombres.Tardía justicia sobre lo irreparable.

Cuando la noticia de la declaración del moribundo llegó á Maracaibo, ya no pudo estremecer de alegría al Padre Iragua, porque dormía con su hermana el sueño eterno.

El hijo del esclavo, heredero de la fortuna del sacerdote, muy niño aún estaba ácargo del
Doctor.

Luis había emigrado con motivo de la guerra de independencia. Y los demás seconformaron con hacer crónicas unos pocos días, y después se extinguió el rumor.

Había pasado el drama de la justicia del hombre, pero aún faltaba la gran tragedia de la justicia de Dios.